

"LA LOCURA O UNA EXPERIENCIA MORAL Y AUTÓNOMA A LA DERIVA"

Trabajo final de Seminario de Grado "Foucault: A partir de una ontología crítica de nosotros mismos",
para optar al grado académico de Licenciatura en Filosofía.

Alumna:

Camila V. Leyton L.

Profesora guía: Patricia Bonzi

Santiago de Chile, Diciembre 2003

| | |
|---|-----------|
| Agradecimientos . | 1 |
| Le Mat . | 3 |
| Introducción . | 5 |
| Capítulo 1: Historia de la Locura, según Michel Foucault . | 9 |
| Final de la Baja Edad Media y Renacimiento (comienzo Época Moderna): "Stultifera Navis, a la Deriva y la Amenaza Escatológica" . | 9 |
| Época Clásica o Neoclasicismo (Época Moderna): "Encierro e Internamiento" . | 17 |
| Siglo XIX (Época Moderna): "Positivismo"; y Siglo XX: "Psicoanálisis y Antipsiquiatría" . . | 21 |
| Capítulo 2: Delineamiento entre locura y cordura: anormalidad v/s normalidad . | 29 |
| Alienación como concepto que define el límite entre anormalidad y normalidad . | 30 |
| Anormalidad y Normalidad respecto al poder y sus mecanismos controladores, específicamente el discurso . | 35 |
| Un ejemplo del poder de la normativización: las Workhouses y su relación con el ocio durante la Época Clásica . . | 39 |
| Capítulo 3: Figuras: la locura personificada . | 45 |
| El monstruo . . | 46 |
| El individuo a corregir . | 47 |
| El onanista . . | 48 |
| El bufón . | 49 |
| El poeta y el artista . | 51 |
| Don Quijote y el caballero . | 52 |
| Brujas, hechiceros, magos, chamanes, astrólogos y alquimistas . . | 53 |
| El poseído o endemoniado . | 56 |
| Santo, místico y asceta . | 57 |
| Conclusión . | 59 |
| Bibliografía . | 65 |
| Textos Internet: . . | 66 |
| Resumen . | 67 |

Agradecimientos

Agradezco a todos aquellos que se tomaron el tiempo de leer mi trabajo y aportar con críticas y comentarios al contenido y su estructura.

Le Mat



Recuerdo y pienso en el sufrimiento de la mirada de esa mujer. Decían que estaba loca, pero su mirada no era de simple locura; era una mirada de sufrimiento profundo como si éste estuviera en su estado más sublime, en su punto más alto, donde aquel que padece tal sufrimiento ya no ve escapatoria a su propia alma... está a la deriva, siendo ella toda el sufrimiento mismo. (Acerca de la mirada de una mujer alienada en un noticiero de televisión).

Introducción

En el siguiente trabajo daré a conocer un alcance del tema sobre cómo se establece el delineamiento de normalidad y anormalidad dentro de una sociedad, específicamente entre sano (cuerdo) e insano (loco) mental. Personalmente veo que dicho tema principal nos lleva a razones morales y éticas dentro de tal delineamiento en la sociedad occidental. Luego de haber hecho un avance por la *Historia de la locura* según Foucault, pensé que, el encierro y el apartamiento que se hace de la locura y sus figuras, son muestras de que el sistema, que los mismos humanos establecen, impide que éste actúe con total autonomía. Esto último ocurriría por la inseguridad que posee el ser humano de sí mismo y por el miedo a su potencial libertad y a todo lo que actúa con autonomía; el encierro de la locura y su apartamiento (de cualquier tipo que sea) serían símbolos del miedo humano a desarrollarse autónomamente, puesto que el loco, al ser una figura que escapa de los parámetros establecidos, los cuales son dispuestos heterónomamente, representa de alguna manera, con su actuar, aquella autonomía y acto por sí mismo, que incluso implica un autoconocimiento, aunque muchas veces son considerados como seres no autónomos. Dicho actuar por sí mismo, al apartarse de tales parámetros, amenaza lo establecido socialmente. Esta relación de acto con autonomía y locura se hace veraz, por ejemplo, en quienes han actuado a través de un despliegue de su autonomía y por ello han sido considerados como locos o han caído en dichas patologías, producto de que no han podido desenvolverse como ellos mismos, sin poder reconciliarse con lo establecido ¹. En resumen, el miedo humano al acto por sí mismo y a la

¹ Casos de figuras históricas, como Artaud (en el teatro y literatura), Nietzsche (en filosofía) y Van Gogh (en el Arte).

autonomía provoca que todo lo que represente dicha autonomía, como la locura en algunos casos, sea apartado, recluido y/o encerrado. De esta manera, también, quienes no han sido aceptados, han caído en patologías mentales, ya que han sido rechazados, es decir, la relegación de estos individuos ha influenciado para ser catalogados de locos y, por lo tanto, la locura acaecida, no tan sólo se da por el hecho de que haya sido un calificativo por ser personas distintas y amenazantes para lo establecido en una sociedad, sino también, se da posteriormente, a la hora de su relegamiento, al caer en un estado que también es considerado locura, como es el abatimiento y la inactividad, sirviéndose estas características para justificar ante la sociedad que, su locura siempre ha existido. Se puede desprender de esto, que la locura como tal posee una autonomía propia, como fenómeno que actúa por sí mismo, que se conoce, es decir, que tan sólo actúa y es como es, sin demostrar nada más, ni siquiera una máscara, pues es el conjunto de los actos sin sentido, que existen porque sí y se muestran tan sólo como son, mostrando las contradicciones del mundo razonable, el cual las teme ver y aceptar, ya que dicho mundo razonable posee la máscara de quien no se atreve a mostrar tal cual es por temor al mundo exterior, que le entrega reglas y normas desde fuera, es decir, un algo heterónimo.

Es importante aclarar -para evitar posibles confusiones-, que los términos heterónimo (norma desde afuera) y autónomo (norma desde sí mismo) han sido utilizados con su significación etimológica y no como grandes conceptos filosóficos como los podemos encontrar en Kant. Al ser términos considerados tan sólo etimológicamente, en este caso, la autonomía no apuntaría a un ser humano que establece su propio conocimiento, siendo el centro de todo y quien lo tiene todo bajo su dominio, sino quien es capaz de obedecer a sí mismo, siguiendo sus propios pensamientos y sentimientos y haciéndose responsable de ellos al estar en convivencia con otros; y al hacerse responsable, es capaz de observar su entorno con detención y agudeza. Tal vez, éstas sean meramente apreciaciones personales, pero son necesarias de tratar de justificar y contrastar.

Dicha autonomía, se podría constituir de un amor propio hacia lo que proviene de uno mismo, que muchas veces puede conllevar a encerrarnos en nosotros mismos, a una soledad y a una enajenación que pueda ser calificada como locura. Tal vez, el actuar por sí mismos nos lleve al establecimiento de los mundos internos propios dentro de una sociedad y que, ha dicha sociedad, no le avenga a su orden y a su gusto, por consiguiente, dichos personajes que actúan de tal modo son recluidos y no aceptados. Por ello, es bueno apoyarse en la mención que hace Foucault de la "Filautía" (amor propio), de la cual dice: *"No hay locura más que en cada uno de los hombres, porque es el hombre quien la constituye merced al afecto que se tiene a sí mismo"*². Así, Foucault nos dice que la "Filautía" es la primera figura que posee la locura según su historia y de esta manera podemos decir, que el amor propio (filautía), que puede conllevar a un acto autónomo, constituido desde sí por el amor que se tiene a sí mismo y por lo tanto a todo lo que provenga de uno mismo, ya sean actos o decisiones, no ha sido bien venido por el orden social, tal vez porque lo disgrega. Foucault deja ver entrelíneas, todo el modo operante construido por una sociedad para establecer mecanismos de control y aquello

² Cf. Foucault, Michel. "Historia de la locura en la Época Clásica". Tomo 1. Pág. 44.

se observa en la historia de la locura, sus formas de verla y en el encierro e institución mental, donde manifiesta subrepticamente en sus primeras obras, la coartación que se hace del despliegue del humano con el establecimiento de mecanismos de control y de orden (en este caso, la institución mental, el reclusorio, etc.). Lo irrisorio es que, este "corte de alas" que se provoca al ser humano, es realizado por él mismo constituido en sociedad (más que mal, una sociedad está conformada y constituida por nosotros mismos los seres humanos, que aprendemos, reproducimos e incluso creamos mecanismos de coacción hacia nosotros mismos, cuando pensamos que van dirigidos a otros)... Tal vez, lo dicho suceda porque tengamos miedo al despegue espontáneo de nuestra libertad, ya sea en pensamientos, emociones, acciones.

Mediante lo expuesto en esta breve introducción, iré analizando la historia de la locura y sus figuras, viendo las implicancias valóricas y éticas, y contrastando en aquellas partes donde amerite la relación de las implicancias morales con aquella autonomía propia de la locura que es en cierta medida temida y también incomprendida por el mundo de lo Mismo, de la "normalidad", para luego llegar a la conclusión, donde veremos aquellos puntos más importantes y conclusivos dentro del trabajo.

Así, a continuación damos comienzo al primer capítulo sobre la historia de la locura.

Capítulo 1: Historia de la Locura, según Michel Foucault

En este primer capítulo, como ya ha sido mencionado en la introducción, haremos una reseña a la historia de la locura según Foucault, donde se hará un alcance a sus procesos y cambios que ha tenido al pasar por distintas épocas.

Final de la Baja Edad Media y Renacimiento (comienzo Época Moderna): "Stultifera Navis, a la Deriva y la Amenaza Escatológica"

Siempre que hemos pronunciado la expresión "estar a la deriva" suponemos que el camino es incierto y, por consiguiente, confuso, de la misma manera como vemos a la figura del loco, un ser que no sabría su dirección y su lugar. Y de esta manera se mostraba la vida de los orates a finales de la Edad Media y durante el Renacimiento, bajo la figura literal de naves que viajaban sin rumbo por ríos y mares, cuyos pasajeros eran los llamados insensatos. Tal vez de dicha figura nació la expresión "estar a la deriva", cuando se está sin rumbo, a causa de la angustia o la locura. No obstante, en este punto lo importante es recalcar la situación de ésta última durante tales fechas, donde el

símbolo representativo es "La nave de los locos", barcos sin una ruta final, donde su único descanso era en los puertos para abastecimiento y que marchaban a la deriva con gente aislada de la sociedad, pues no tenían cabida en ella, ya que no se adaptaban a nada convencional; ellos sólo eran considerados para los espectáculos cómicos, pues sus "locuras" provocaban las risas de la gente.

La figura de la nave representa todo lo contrario a lo establecido, pues en ella sus tripulantes llevan ese estigma, representando otros cánones éticos, realidades imaginarias e incluso otras formas de razonar. Todo lo distinto y disfuncional era embarcado. Era una existencia errante, a la deriva, de donde sale el símbolo del loco como el vagabundo, el errante, el que vaga sin rumbo fijo y sin saber donde se encuentra. No obstante, los locos no siempre eran expulsados, generalmente lo eran cuando no se podían sostener; cuando una ciudad podía mantenerlo lo contaban entre sus ciudadanos ³. *Es posible que las naves de los locos que enardecieron tanto la imaginación del primer Renacimiento, hayan sido navíos de peregrinación, navíos altamente simbólicos, que conducían locos en busca de razón; unos descendían los ríos de Renania, en dirección de Bélgica y de Gheel; otros remontaban el Rin hacia el Jura y Besançon* ⁴.

Foucault propone que esta exclusión de los locos no sólo representaba una protección al resto de los ciudadanos, sino que también era una protección hacia los ritos y hacia las costumbres morales, donde podemos ver que el excluimiento ya se daba por el miedo a una amenaza al orden de un sistema y donde el poder era ejercido sobre esta amenaza subterránea. Por ejemplo, el acceso a las iglesias les era prohibido a los locos. También eran expulsados de ciudades en medio de correrías donde eran azotados, como también lo eran en las plazas públicas. Todo esto, ritos según Foucault, que de alguna manera manifiestan el rechazo a lo distinto, tal vez porque representaban algo oculto dentro de todo ser humano y que es reprimida su salida; tal vez, era la representación de lo grotesco y lo que no se quiere ver y asumir, todo lo disfuncional.

La nave también representa un símbolo de curación, aparte del alejamiento de los locos de la ciudad. Nos dice Foucault que, confiar el loco al marinero era asegurarse de que el loco no merodee por la ciudad, yendo lejos y *volverlo prisionero de su propia partida* ⁵. La curación la vemos en el agua como símbolo, ella lo purificaría, además *la navegación libra al hombre a la incertidumbre de su suerte; cada uno queda entregado a su propio destino, pues cada viaje es, potencialmente el último* ⁶. De esta manera el loco parte hacia el otro mundo en su nave, y así, cuando llega a puerto, viene desde este otro mundo. No obstante, el mundo a tierra al que llega el embarque es el mundo correcto, por lo que cuando el loco llega a tierra, llega a lo verdadero, pues el agua es símbolo de

³ Ibid. Pág. 23.

⁴ Ibid. Pág. 23.

⁵ Ibid. Pág. 25.

⁶ Ibid. Pág. 25.

ensueño y falsedad, de incertidumbre; la tierra es lo verdadero y estable.

Estos serían los roles que cumple el agua y la navegación, donde el orate es preso, paradójicamente de los lugares más anchos y "libres": el agua, donde no se ven los límites, ni de extensión de la superficie ni de profundidad, en grandes ríos y mares. Como símbolo arquetípico, el agua siempre se ha relacionado a los sentimientos y cambios de humor, así como el loco sufre en sus sentimientos y humores, a pesar de que a causa de ello lo llamen sin razón. Así Foucault nota que el agua y la locura han estado hace mucho tiempo en la imaginación del hombre europeo, citando a "Tristán e Isolda", donde se dice de Tristán, disfrazado de loco, que no viene de tierra sólida, sino más bien de la inquietud incesante del mar. Y a través del agua y del mar podemos ver la relación de lo demoníaco y de la locura, puesto que muchos locos eran considerados como endemoniados. Por ejemplo, nos dice Foucault que De Lancre ve en el mar el origen de la vocación demoníaca, ya que en el agua como ya hemos hecho mención, vemos el símbolo de los sentimientos y los humores, y en ella donde muchas veces es tormentosa y no se ve su profundidad ha sido el reflejo de muerte, desaparición y suicidio como lo representa Ofelia en "Hamlet" de Shakespeare. Para el ser humano, el agua ha sido un elemento oscuro y acuático, de sombrío desorden, caos en movimiento, germen y muerte de todas las cosas, pues allí nace la vida, pero también puede morir. Ella se opondría a la estabilidad luminosa y adulta del espíritu. Es lo inquieto, lo impredecible como los sentimientos⁷.

También se debe recordar la imagen de la luna que se refleja sobre el agua. La luna como símbolo y cuerpo influiría en nuestras emociones, puesto que ella sería el cuerpo celeste más acuático. No obstante, hay que decir que el fuego y el sol, más tarde también serán símbolos de locura, pues el fuego se emparenta con la furia, característica de algunos considerados locos.

Hipócrates destacaba cuatro temperamentos o humores: sanguíneo (de la sangre -llamada en algunas oportunidades como bilis roja-, alegre y activo), melancólico (de la bilis negra o atrabilis -bazo-, triste), colérico (de la bilis amarilla -hígado-, enojado y agresivo) y flemático (de la flema -cerebro-, calmado y pasivo). Estos cuatro temperamentos, podemos relacionarlos con los cuatro elementos: al sanguíneo con el aire, al melancólico con la tierra, al colérico con el fuego y al flemático con el agua. Ellos forman pares con sus opuestos: está el par de la fuerza del frío, es decir, el melancólico (tristeza) con el flemático (calma), cuyos opuestos están en el par de la fuerza del calor, es decir, el sanguíneo (alegría) con el colérico (furia) respectivamente. Dentro de los pares existen las características de humedad y sequedad; así el frío melancólico o bilioso es seco y el frío flemático es húmedo; el caluroso sanguíneo es húmedo y el caluroso colérico es seco. De este modo, vemos que los temperamentos de carácter seco son los que más pueden acercarse a la locura: la melancolía por su tristeza y lo colérico por su furia. Sin embargo, la melancolía o bilis negra es la que principalmente se acerca a la locura (enfermedad no febril para los romanos), pues en exceso provocaría tal padecimiento, e incluso epilepsia, pero en menor cantidad, genialidad. A pesar de que la melancolía se rija por la tierra, cuyo simbolismo se acerca a lo real, es importante recalcar

⁷ Ibid. Pág. 27 y 28.

su relación con el agua, símbolo de las disfunciones mentales, ya que el agua era considerada parte del cuerpo, pero más tarde la bilis negra, provocadora de la tristeza, tomaría su lugar. De alguna manera, aquí podemos ver la paradoja y ambivalencia que tiene la locura: por una parte es insensatez (agua) y por otra parte puede ser representante de una verdad y una realidad sensata (tierra). También podemos ver que los humores caracterizados por la humedad se acercan mayormente a lo socialmente aceptado, puesto que vemos la alegría (sanguíneo) y la calma (flemático). Hay que agregar que, el flemático al relacionarse con el cerebro, se conecta a la razón, es decir, al orden y a lo correcto; sin embargo, podemos argüir que en el cerebro, donde reside la razón, también reside la sin razón, puesto que es importante observar que allí donde hay más calma y cordura, como lo demuestra el flemático, puede desatarse la locura, con furia y tristeza en el momento menos pensado. Es decir, dentro de un establecimiento regular, ordenado, muchas veces sus bases pueden tambalear y hacer caer y cambiar toda su estructura, si dichos fundamentos son demasiado débiles o ya muy carcomidos por el tiempo.

Dentro de los humores o temperamentos también influyen los astros, como hemos visto la influencia del sol y la luna, que afectan las emociones, ya sean furiosas o melancólicas respectivamente, pero ambas se pueden acercar a una especie de la llamada locura. No obstante, hay que destacar que los griegos creían en el término medio y cualquier alteración de los temperamentos significaba disfunción, pues éstas debían estar en tal término medio. Es importante recalcar que dentro de estos conocimientos sobre los humores y temperamentos, los estudios y las influencias que poseen, han sido herencia de los árabes, quienes por su preocupación en el estudio del temperamento, fueron los primeros en establecer recintos hospitalarios especialmente para insanos mentales, lo cual fue retomado por occidente a fines de la Época Clásica.

Vemos que en esta época o episteme (suelo mudo) no podemos encontrar la curación en la nave de los locos, lo cual se refleja inconscientemente en lo que simboliza el agua, en el sentido de la muerte y las desgracias, a pesar de que para otras epistemes simbolice lo contrario, es decir, vida y una real curación. Podemos notar que, dentro de la episteme de esta época, la nave y lo acuático, en su abandono mar adentro, a la deriva, afloran todas las angustias y miserias humanas, creándose un espacio para enloquecer aún más, pues es el mundo de la locura, que únicamente se sana y se enriquece de ella misma, alejándose de lo sensible y volviéndose demente.

En resumen, el agua ha sido igualada, paradójicamente, a conceptos que son opuestos, pues ha sido vista como curación, locura, tristeza, muerte y vida a la vez, confundiéndose las epistemes por arquetipos traídos por los seres humanos desde otros tiempos.

Es importante recalcar la relación de la muerte con la locura. Ya veíamos la muerte en la figura del agua y, por consiguiente, si la locura estaba relacionada con el agua, también lo estaría con la muerte que trae ella. Como dice Foucault, en la locura se encuentra ya la muerte, así como sucedía con la lepra, puesto que el leproso en vida era la presencia de la misma muerte y el loco, con su sin razón, no estaría vivo. La locura, aquí es vista como el mal que consiguientemente se aproxima al final, a la muerte, pues la existencia se ha convertido en nada. Así, la deriva que los conduce a una muerte

también los conduce a una nada, pues allí su destino se transforma en algo tan incierto y confuso que se asemeja a la nada. Así como la muerte es el fin de la vida, la locura es el fin de la racionalidad, analogía que se resaltarán más aún en la Época Clásica con el Siglo de Las Luces.

Ya durante el Renacimiento comienza la aparición de los primeros reclusorios de locos y enfermos incurables que anteriormente habían sido leprosarios, dándose a notar la analogía entre locos y leprosos como ambas figuras recluidas y apartadas por la sociedad: primero fueron los leprosos; la lepra se erradicó; luego fue el lugar para la locura, la cual no se puede erradicar como cualquier enfermedad. Ambos considerados como parias por el temor que han provocado por su desconocimiento. De esta manera, también enfermos terminales compartían recinto con los orates, ya que ambos casos eran vistos sin ninguna cura y salvación.

Para la moral de aquella época, el no responder por estos casos "infortunados" tenía el consuelo de que esta no respuesta era aceptada por sus costumbres, ya que *el pecador que abandona al leproso en su puerta, le abre las puertas de la salvación*⁸, es decir, *el abandono le significa la salvación; la exclusión es una forma distinta de comunión*⁹. De esta manera, los llamados cristianos no sentirían la culpa al abandonar a un prójimo malsano, pues se ha permitido su abandono como una forma de salvación para el enfermo. Sin embargo, debemos hacer la distinción que no era un abandono para que muera tranquilo, como hoy en día sería sensato aplicarle una eutanasia a un enfermo terminal, sino que más bien era el completo rechazo por su condición de distinto, sin el ofrecimiento para una buena muerte; era dejarlo a la deriva, a la suerte de su destino.

Podemos notar que la moral operante en estas circunstancias, donde el abandono y la exclusión eran una forma de salvación para el abandonado, opera de modo para expiar las culpas del cristiano mediante el tema de la salvación, ya que su culpa aparece al no ofrecer una ayuda directa al necesitado. De este modo la exclusión social es compensada por una reintegración espiritual, pues tal exclusión social como hecho de excluir va en contra de la moral cristiana, por lo que sería considerado pecado; así para no convertirse en pecador se instaura una reintegración a través del espíritu con la salvación del enfermo a través de su exclusión, siendo esto algo lícito, reglamentario para no sentir que se está pecando ante religión de la sociedad establecida.

Durante este periodo, vemos como la figura del endemoniado es equivalente a la figura del insano mental. El ser humano que tuviera dentro de su alma a la bestia era relegado por ser reflejo de una amenaza del mal, del final del mundo, de figuras escatológicas¹⁰, es decir, de la llamada "Amenaza Escatológica", *las grandes amenazas trágicas*¹¹. Este endemoniado muchas veces exaltaba todo lo que eran las tentaciones,

⁸ Ibid. Pág. 17.

⁹ Ibid. Pág. 18.

¹⁰ Ibid. Pág. 71.

¹¹ Ibid. Pág. 74.

desgarrando todos los placeres prohibidos. De esta manera, Foucault nota la relación entre placer y locura, deseo y locura, tentación y locura; estas características son propias de la demencia que exalta el endemoniado y que amenaza al asceta producto de su soledad, la cual hace susceptible al eremita hacia la locura. El asceta es vinculado a la vida religiosa, por tanto, éstas son características que amenazan su santidad; es un combate entre el santo y el demonio. De alguna manera, la figura del demonio y de la bestia son representaciones de la animalidad y del instinto, cuyas características son también propiamente humanas; así este animal, de característica dionisiaca, que figura en relatos fantásticos, acecha al ser humano renacentista. Pero esta figura demoniaca, de tentaciones, no es tan sólo la representatividad de lo moralmente incorrecto, sino también del saber y, por consiguiente, del poder que conlleva este saber, pues despierta las curiosidades por el conocimiento, así como el Árbol del Conocimiento y la manzana en el Génesis del Antiguo Testamento. La figura arquetípica del Árbol como conocimiento, se verá representada en el mástil de la nave de los locos, mostrándolo como símbolo del saber que se vincula a la locura, por lo tanto, si la locura implica una saber, implica también un cierto poder. De esta manera, estas tentaciones, que también nos inducen al saber, al estar relacionadas con la locura, ésta última se vincula al conocer: *la locura fascina porque es saber*¹². Cabe decir, que dicho estado demoniaco, ponía al tanto de cómo y qué son las cosas, por lo tanto, en ese estado de demencia había un conocimiento, se disipaban las tinieblas. Curiosamente, la locura se diferenciará más tarde del saber, será lo contrario, al considerarse como la sin razón y sólo con la razón en su normalidad se tiene conocimiento. De alguna manera, al vincular primeramente a la locura con el conocimiento, podemos relacionar la figura del loco como el que siempre tiene la verdad, dándole una sensatez al que ha sido considerado como insensato. Este saber que posee el loco, es un saber que amenaza, que descubre todo lo que se quiere ocultar, por lo tanto predice lo final, a modo catastrófico, donde nuevamente aparece la amenaza escatológica. En el fondo es un final caótico, donde no aparece ni Dios ni el Demonio, sino la locura, representada en el caos. De este modo, la locura durante la Edad Media será el peor de los vicios, al ser reflejo del desorden y la representación de todas las tentaciones y vicios juntos, cuyo saber nos da el conocimiento de todo lo bueno y lo malo, y por lo tanto, nos da un poder y control sobre ello, en un mundo que sólo desea la sabiduría del bien, para no tener el control de todo lo que implica el mundo. Sin embargo, el saber que nos muestra la locura es irrisorio, ya que muchas veces son conocimientos que no llegan a ninguna parte, que caen en lo falso y en el ocio, los cuales son mal vistos para el orden de una sociedad.

En relación a Dios, su sabiduría para nosotros es locura, es decir, nosotros sabiendo lo que Dios conoce nos vuelve locos, pues Él tiene el conocimiento y el control de la salvación, que ni siquiera se la da a los sabios, ya que si fuese así ellos llegarían a la locura. Así, aquel saber está prohibido. En dicha salvación, encontramos nuevamente la amenaza escatológica, puesto que tal salvación es para el final de los tiempos.

La locura es algo propiamente humano, por eso se diferencia, como ya habíamos hecho mención, de Dios y del Demonio (Diablo). Al ser propiamente humana, ella se refleja en el amor propio que tienen los seres humanos, así, *el apego a sí mismo es la*

¹² Ibid. Pág. 39.

*primera señal de la locura*¹³, ya que con dicho apego se caería fácilmente en error y en el egoísmo, los cuales son características del pecador, es decir, de la figura del loco. Con esta visión del amor propio o a sí mismo, llamado "Filautía", podemos ver indicios de que en el establecimiento de una sociedad occidental, es mal visto en sus costumbres el asumir tal amor propio y, por consiguiente, todo lo que significa emergido de uno mismo, como la autonomía, no es aceptado del todo, por lo tanto es recluido con la figura de la locura y así quienes rompen este esquema son llamados locos. Así, en este lugar, podemos vislumbrar el primer asomo, durante la historia de occidente, de que la locura comienza a ser vista en aquellos que tratan de ser sí mismos. Con esto, se da el nacimiento de las figuras que serán vistas como locos, todos los que rompen los esquemas establecidos por seguir su propio camino, como por ejemplo, el asceta con su soledad. El argumento usado, durante esta época, para apelar que estos individuos que actuaban por amor propio o por sí mismo, autosuficientes y autoabasteciéndose es que, quienes se ven a sí mismos sólo ven un espejismo, pues no sería la verdadera realidad.

Con todo, notamos la moralidad que hay al considerar la locura, puesto que ella es reflejo de todo lo inmoral y que no se acepta dentro de ciertas costumbres, por lo que también daría pautas para lo que estaría bien. Así, durante esta época, en las sátiras se ocupa la locura como modo moralizante, dándose como espectáculo. Lo malo, lo amorfo y distinto pasa a ser un espectáculo moralizador, a través de bufones y figuras pintorescas; será objeto de risas. No obstante, también existe la creencia de que las novelas y los espectáculos teatrales vuelven locos, así como Don Quijote se volvería por culpa de las novelas de caballería. El problema estaba en creer todo lo que se leía y veía, tomándolo como verdadero, haciendo de la fantasía una realidad del mundo. Aquí, también se puede destacar la relación entre sueño y locura dentro del teatro del siglo XVII, cuyo parentesco era tema médico y filosófico. El mundo del loco, podría ser considerado un sueño (o pesadilla para algunos), puesto que no estaba en la verdadera realidad. Y este mundo de los sueños también se emparentaba con símbolos como el agua, la luna y la tristeza. La diferencia entre la locura y los sueños es que la locura es desorden y error constante, en cambio, el sueño no induce a error, sólo es un engaño de la razón. Sin embargo, el sueño constante y sin salida de la locura, se transforma en desorden, que no tiene cabida para la razón, siendo una sin razón. Más tarde, los sueños serán una herramienta para desentrañar el inconsciente y comprender las dolencias emocionales y disfunciones mentales, con la figura de Freud y el psicoanálisis.

Foucault nos dice que en este periodo hay dos elementos importantes que trae consigo la nave de los locos: lo trágico y lo crítico. Trágico, al ver todas las figuras relegadas a un viaje sin rumbo, a la deriva; crítico, al querer moralizar mediante el triste destino de todos los que siguen el camino para ser rechazados por sus conductas no apropiadas. En esta nave se ve toda la locura del mundo, todo lo disfuncional de este mundo. Así, al ver el sino trágico de la locura, siendo rechazada por ser lo disfuncional del mundo, aquel sino siempre estará presente en ella a través de la historia, a pesar de que la mirada sea médica, filosófica, científica, artística, literaria o mitológica.

Ya durante la Época Clásica el conocimiento se vinculará a la Razón, pero es un

¹³ Ibid. Pág. 45.

conocimiento que se guía por un principio de no contradicción, y la locura, en su conocimiento, lleva conjuntamente a los opuestos, muestra las dos alternativas contrarias, por lo tanto, con tal contrariedad pasa a ser considerada como una sin razón. De este modo, la locura pasa a ser una de las formas de la razón, ya que la locura toma sentido cuando hay una razón, puesto que con ésta podemos decir lo que no se incluye en ella misma, es decir, la sin razón. Por tanto se apela a la aceptación de dicha sin razón propia del ser humano para conocer su razón; tal vez así, la locura ya no siguió a la deriva, sino que se estableció, pero en el encierro pues conlleva peligro. En esta relación de sin razón y razón podemos ver el pequeño límite que las separa, viendo como la creación en la razón llega hasta la sin razón, dando el conocimiento del todo, del bien y del mal, de las dos caras, que son reflejados en sabios, poetas y artistas, muchas veces vinculados a la figura del loco. De esta manera, el vínculo de la locura con la razón, es mostrarnos lo que es opuesta a ésta última y cuyos límites son tan cercanos que casi desaparece, así, *la verdad de la locura es ser interior a la razón*¹⁴.

La locura al darse en la creación se hace pariente de la fantasía y lo no real, se comunica con la imaginación, y muchas veces con la creación se conlleva lo nuevo, lo distinto y lo futuro, por lo tanto al ser diferente a lo establecido y más aún si se está adelantando a una época, será vista como sin razón. Con esto, podemos vislumbrar, que al traer otra episteme, muchas veces sin el lenguaje de la episteme establecida, es visto como locura, no siendo aceptado.

A través de la historia veremos como la razón tratará de dominar a su sin razón y los distintos métodos que utilizará para ello, así como hemos visto en este periodo donde se dejaba a su suerte en el agua, es decir, a la deriva.

La locura y el arte siempre han sido emparentadas, pues el arte, cualquiera que sea trae los sueños de los locos a la realidad, las epistemes distintas a nuestras propias epistemes, siendo aceptadas si muestran su contenido con los propios símbolos y lenguaje de la episteme imperante; si no es así, no son aceptados hasta que llegue una época que los adopte.

La locura invertiría el mundo que llamamos real; todo lo que en éste último es de algún modo, en el mundo de la locura, es lo contrario, lo inverso; por eso muchas veces suena peligroso.

Junto con la amenaza escatológica y la representación de la locura en las tablas como enseñanza moral, se pasa a la experiencia clásica de la locura. Así, la locura desde la deriva, pasa a ser retenida y mantenida en el hospital. Aquí, al igual que la nave, se exhiben todos los tipos de locura, incluso aquellas que no lo eran; se mezclan en un submundo relegado, al igual que aquellos que navegaban con enfermedades y animales despreciados, como lo eran los ratones y los gatos, embarcados por supersticiones. Y ver este espectáculo, que ahora estaba en el hospital, es considerado por la gente de aquella época como una sabiduría moral. En el hospital, la locura se ordena, comienza a ser categorizada; de este modo nace la locura frenética y necia, los sombríos melancólicos, los locos borrachos, los desprovistos de memoria y entendimiento, los locos adormecidos

¹⁴ Ibid. Pág. 62.

y medio muertos, los atolondrados y con la cabeza media vacía. Así, con este orden, que espera rescatar la razón perdida, hace un *Elogio de la razón*¹⁵. Comienza el desplazamiento del embarque por el encierro a tierra, que paradójicamente con su búsqueda de la perfección de la razón, se convierte en hospitalaria para la locura en tratar de reorientarla a la razón.

- Renacimiento: Este recuadro fue sacado del libro "Foucault y la locura" de Frédéric Gros (pág. 39). En él podemos observar que la locura durante el Renacimiento se encuentra en un continuo movimiento (navegando) y que los conceptos que delimitan entre locura y cordura, manifestando el tipo de moralidad de la época se manifiestan sobretodo en lo religioso (categorías de Profano y Sagrado).
- Conciencias de locura: Conciencia dialéctica.
- Significación de la locura como límite: Otros Mundos.
- Modalidad de separación: Superficie de contacto.
- Geografía: Lugares de paso [puertos a los que llegaba la nave].
- Práctica social: Circulación.
- Geometría: Espacio fragmentado.
- Tipo de oposición teórica: Profano/Sagrado.
- Facultad de síntesis: Imaginación.

Época Clásica o Neoclasicismo (Época Moderna): "Encierro e Internamiento"

Ya a fines del Renacimiento, la locura comienza a llegar a tierra desde el agua, estableciéndose el encierro dentro de lugares fijos, que serán muestras del internamiento. Éstos son reclusorios y hospitales generales. El encierro del loco comienza por un nuevo orden político, donde el miserable (en este caso, el loco) demuestra el desorden de la sociedad, siendo un obstáculo para el orden, por lo que es encerrado dentro de uno de los órdenes, que sería la institución mental en hospitales generales, o más bien, una institución "corregidora" de la conducta.

Durante esta época se marca la dicotomía entre orden y desorden; dentro del orden vemos las figuras del sano, del cuerdo y de la riqueza; y dentro del desorden vemos las figuras del insano, del loco y de la miseria, respectivamente, en contraposición con las figuras del orden. Todo lo que era símbolo de desorden, como la pobreza, la holgazanería, la vagancia, el ocio era relegado y el loco, como figura recluida, se identifica con todas estas formas no aceptadas en la sociedad clásica. El orden y, por lo tanto, lo normal, era la productividad, el trabajo, el rendimiento para la sociedad.

¹⁵ Ibid. Pág. 72.

Anteriormente la figura del miserable, del pobre y del loco eran considerados los elegidos de Dios, es decir, por su sufrimiento, eran hijos de Dios en una categoría especial, siendo así, los sujetos de Dios. Sin embargo, durante la Época Clásica aquella visión cambia; éstos son vistos como sujetos del desorden, pues no son productivos para el orden y el establecimiento de un sistema institucional y social que cada vez va teniendo más fuerza (recordemos las monarquías absolutistas de la época). Ellos pasan a representar una parte de la moral de la época, pero una mala moral o inmoralidad y una mala conducta y costumbre. En aquellos años, todo este establecimiento social conlleva un tipo de moralidad, donde estas figuras están al margen; ellos pasan a ser sujetos morales, pues muestran lo que no debería suceder ni existir. Son ejemplos de lo incorrecto, por lo tanto, son reclusos y rechazados dentro del internamiento y encierro. La miseria de algún modo como fue vista durante la Edad Media, poseía un sentido místico, pues era seguir la vida de Cristo; no obstante, durante la Época Clásica, pierde tal sentido, pues la valoración está en el trabajo y la producción, que mantienen el funcionamiento del orden social e institucional. De este modo, la locura queda desacralizada y pasa al ámbito moral, es decir, es vista desde la perspectiva de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto establecido social e institucionalmente. Podemos decir que, sobretudo durante la Edad Media el loco se asociaba a la figura religiosa, en cambio, en la Época Clásica se le mira como algo social, que patenta lo incorrecto de una sociedad.

En algunos de los lugares donde eran reclusos los locos y todas aquellas figuras disfuncionales de una sociedad, que muchas veces eran personajes que no producían para ella, los hacían trabajar, pues debían ser útiles. Así, pensionarios de las correccionales los hacen trabajar, de algún modo para corregirlos y para mover la economía. El trabajo de estas gentes era conveniente para la activación de tal economía, pues resultaban ser mano de obra gratis, donde únicamente se los alimentaba, pues era la esclavitud de la locura. En Inglaterra se les llamó Workhouses. La solución para ellos, los desocupados, era el trabajo, la ocupación, mantenerlos ocupados, pues el ocio predisponía a que la mente vagara y, esto último, a la locura. El trabajo era la solución a la miseria y de algún modo le daba trascendencia ética a estas figuras y las redimía, por lo que se puede decir que, el trabajo era realizado para obtener una salvación moral para todos estos ociosos, convirtiéndose el ocio en un pecado, reflejo de lo malo, de lo moralmente incorrecto. *El pecado de ociosidad es el supremo orgullo del hombre una vez caído, el irrisorio orgullo de la miseria*¹⁶. No se nos permite el ocio, si lo realizamos, nos reímos de la divinidad y estamos actuando como locos, desequilibrando el orden establecido.

Es importante mencionar que, durante los distintos periodos históricos hubo distintas primacías para los pecados; de esta manera, durante la Edad Media, la soberbia fue el mayor pecado; durante el Renacimiento lo fue la avaricia; y durante la Época Clásica, específicamente, durante el siglo XVII, lo fue la pereza. Así, esta visión nos argumenta el modo en que era vista la vagancia y el ocio, enclaustrados dentro del pecado y del mal, eran reclusos junto a la locura; y la locura era símbolo de vagancia, errancia, mendicidad como ya hemos dicho, a la deriva, por lo tanto no eran factor de producción y trabajo, que en aquella época comienzan a tener relevancia en la mantención de la institución y la

¹⁶ Cf. Michel Foucault. "Historia de la locura en la Época Clásica". Tomo 1. Pág. 114.

producción en la economía.

De esta manera, la locura se va configurando éticamente como la conocemos hoy en día. Ella siempre fue la representación de lo incorrecto, del mal, del pecado y de lo no moral y con la introducción de un pensamiento donde el ser humano debe ser productivo para las instituciones, la locura y todo lo que implicara vagancia, incluso ocio, iban en contra de este pensamiento, recayendo en ellos otra responsabilidad moral, la del buen trabajador, que no era visualizado en ellos. Por lo tanto, al recluirllos se los hace trabajar y producir. Y este criterio predominará y dará las bases de la eticidad que acarrea la locura durante la modernidad y hasta nuestros días. Así, el trabajo era una característica fundamental en los primeros internamientos, llamándolos algunos en Inglaterra Workhouses, como ya habíamos hecho mención. De esta manera, el internamiento es clave en la historia de la locura, siendo la Época Clásica cuna de nuestra época.

Durante la Época Clásica, el internamiento, al obedecer a establecimientos éticos y morales, recluye a todos quienes van en contra de la moral, a todos los que identifican las acciones incorrectas de una sociedad. Así, en ellos, vemos a los locos sumidos en otra episteme, a los vagabundos, a los discapacitados mentales llamados estúpidos, a los ociosos, a los mendigos, a los libertinos, a los degenerados, a los profanadores, a los blasfemos, a los enfermos venéreos, a los homosexuales, a los disipados, a los disolutos, a los estafadores, a los vividores, a los pródigos, a los brujos y hechiceros, a los alquimistas, entre otros; todos ellos compartiendo un mismo encierro. De esta manera, Foucault nos habla que en el mundo del internamiento de la locura existen tres dominios: el de la sexualidad, el de la profanación y el del libertinaje. Con la locura forman un mundo homogéneo en el internado, donde la alienación toma el sentido que le conocemos, emparentándose hechos libertinos con la locura. En el internamiento comparece todo lo marginal y marginado, así las enfermedades marginales, como las venéreas, la locura y las terminales están en un mismo territorio.

El internamiento al ser de carácter ético, ya no nos muestra la enfermedad como una amenaza escatológica, del fin del mundo, del Apocalipsis, sino que es reflejo de todas las culpas, por ser visión de lo moralmente incorrecto, de la mala voluntad. De esta manera, el internamiento se convierte en un lugar de redención de los pecados contra la carne (enfermedades venéreas) y contra la razón (locura). Y al residir todos en un mismo espacio, se emparentan las enfermedades, considerándose al enfermo venéreo y también al homosexual como un insano mental o un loco. Los pecados se redimirían a través de una penitencia; de ahí el nombre penitenciaría, donde se pagan los pecados mediante el encierro y el encarcelamiento. Así, durante esta época nacen todos estos tipos de encierro, donde no existe una diferenciación entre los internos. Todos ellos son pecadores, van en contra de las reglas, por tanto, se recluyen, no importa cómo y dónde, sólo se deben mantener alejados y encerrados, ya sea en penitenciarías, reclusorios, hospitales, internados, Workhouses, conventos, entre otros; sólo deben estar al margen.

La locura será figura de maldad, por lo tanto, pasa a ser un valor y no una enfermedad como lo será en el siglo XIX. Ella es lo peor de la humanidad porque ha perdido la razón, la cual es divinizada durante el neoclasicismo; sin embargo tiene una forma de salvación, como el trabajo y la religión (por ejemplo, los exorcismos). La Iglesia salvaría a la locura de su animalidad y, por consiguiente, irracionalidad, ya que la locura

es señal de la culpable inocencia del animal en el ser humano; éste es culpable y pecador por naturaleza ante la divinidad, a causa de sus instintos animales. Así, la Iglesia lo salvaba a través de enseñanzas morales y del orden, que muchas veces se reflejaba en obras teatrales, donde se caricaturizaba a la locura con el fin de enseñar al pueblo. En ellas se pone de manifiesto, la naturaleza pecadora del ser humano, de la cual se debía estar consciente.

El establecimiento del amor y de la forma de amar, también está en los terrenos éticos de la Época Clásica. Así, los amores obsesivos y apasionados eran vinculados a la locura, como también conllevaban muchas veces a la muerte, ya sea en asesinatos o suicidios. Y otras formas de sexualidad a la establecida, como la homosexualidad, la sodomía y la lujuria desenfrenada estaban prohibidos por ir en contra la moral y la ética de la época. Por lo tanto, el amor obsesivo ligado a la muerte, la homosexualidad y la lujuria están condenados por la ética clásica. Y al tener una condena ética son reclusos en el internamiento, junto a otros rezagados como la locura. De esta manera, locura, sexualidad y amor se mezclan y parecen tener puntos en común, como la muerte, en el caso del suicidio y el asesinato por pasión o locura de amor.

La homosexualidad ya no tendrá la connotación que tuvo en otras épocas como en la Antigüedad, pues ahora ella representa disfuncionalidad, anormalidad y enfermedad, siendo parte de un tipo de locura; es absolutamente desacralizada. Está dentro de una forma de amor y sexualidad éticamente incorrecto, por lo tanto no es propio de la razón, sino de la sin razón. Y al estar dentro de la sin razón, se liga a la locura. De esta manera, la sexualidad que no obedecía a esta época resulta ser insensata.

Estas formas de disfuncionalidad eran segregadas en el recluimiento, porque atentaban al orden moral y al amor éticamente correcto, base de la sociedad, es decir, el que conforma a la familia, base nuclear de la sociedad hasta nuestros días. La familia era muestra del amor cristiano y, por consiguiente, éticamente correcto y propio de la razón, a diferencia del obsesivo, del homosexual, entre otros. La familia al ser cuna de una razón correcta y establecida, era el lugar donde también nacía la sin razón, y aquellos que no tenían razón se los apartaba en el internamiento.

En el internamiento de la Época Clásica se debe hacer volver al loco en razón, a la razón moral imperante, mediante el trabajo y la ocupación de su tiempo (Workhouses), como una forma de corrección. Para ello, se debe comprender la experiencia del error, es decir, percatarse que antes se estaba en el error y que aquel error era de nivel ético. Luego, con el positivismo, veremos que comprender la experiencia del error se relacionará con el alcanzar la sanidad, puesto que el internamiento se dirigirá, no tan sólo al recluimiento, sino a la sanación mental a través de la medicina y el hospital. Lo principal es que, durante la Época Clásica, el internamiento de la locura es otra forma de su exclusión de la sociedad, así como lo eran las naves durante el Renacimiento. Sin embargo, el internamiento y el encierro, con el que se les mantiene dentro de un orden y un establecimiento social, a pesar de dejarlos al margen, por lo tanto excluidos, era considerado una reintegración social, como lo serían las Workhouses.

Lo principal durante la Época Clásica es que el internamiento representa el límite de la apreciada razón, puesto que allí se encierra todo lo considerado sin razón, como lo es

lo inmoral. Así las luces son las que dominan y el libertinaje, considerado locura y sin razón, es recluso. La sin razón es equiparado a lo deshumanizado (puesto que la razón sería de lo propiamente humano), la servidora de los más increíbles deseos, ya que los locos están sumidos en los deseos del corazón, traduciéndolo en inmoralidad de malvados y herejes y en instinto animal. La moralidad está regida por la religión; ella tiene el poder en su discurso de dar un canon de lo correcto. Increíblemente, en épocas posteriores, lo llamado deshumano (como las pasiones para la Época Clásica) será lo demasiado humano.

El internamiento, dentro de su estructura, poseía un orden policíaco durante estos años, a diferencia del siglo XIX, que obedecerá a un orden médico, también en algunos casos en analogía con el policíaco. Pues recordemos que, el internamiento durante los siglos XVII y XVIII, era de la sin razón, pues al loco (insano mental como se le llamará más tarde) era recluso, en muchos casos, igualmente que el delincuente. Dentro de tal internamiento, específicamente la locura comienza a ser vista de modo más concreta, a diferencia de "La nave de los locos" en donde era visualizada de modo más simbólico, a causa de su lejanía, de su leyenda. De esta manera, al verla más concreta, comienza a ser objeto de estudio, comenzando así con el positivismo.

- Edad Clásica o Época Clásica: Este recuadro fue sacado del libro "Foucault y la locura" de Frédéric Gros (pág. 39). En él podemos ver que la Época Clásica se ajusta a un ordenamiento institucional, donde la razón no sigue en movimiento como la época anterior, sino al contrario, se establece en el encierro, quedándose quieta y establecida. Ella será base para las categorías de la próxima época a la que se aproxima la locura, mediante sus establecimientos éticos de lo correcto e incorrecto, de lo moral y de lo inmoral, que ella lo mantiene bajo su dicotomía de razón y sinrazón respectivamente.
- Conciencias de locura: Conciencias práctica y dialéctica enunciativa y analítica.
- Significación de la locura como límite: Negatividad pura (animalidad y delirio).
- Modalidad de separación: Separación excluyente.
- Geografía: Hospitales generales.
- Práctica social: Encierro.
- Geometría: Espacio dividido.
- Tipo de oposición teórica: Razón/Sinrazón.
- Facultad de síntesis: Percepción ética.

Siglo XIX (Época Moderna): "Positivismo"; y Siglo XX: "Psicoanálisis y Antipsiquiatría"

La locura durante el siglo XIX se transforma en objeto de estudio positivista; ella es investigada y se trata de corregir: aparece el mundo correccional. En este periodo se da el nacimiento de la psiquiatría y de la psicología en el sentido que nosotros las conocemos, es decir, en la investigación y tratamiento de los trastornos mentales. Durante la Época Clásica, específicamente durante el siglo XVIII, ya existía la yuxtaposición de dos formas de ver la locura dentro del encierro: locura para ser corregida y locura como enfermedad. Estas características serán tomadas y realizadas por el positivismo. A la locura se le da un estatuto médico, es decir, el loco pasa a ser enfermo.

Donde primeramente se vio a la locura desde una perspectiva médica fue en el mundo árabe. Los árabes poseían lugares especiales donde tratar a los locos. Dicha experiencia pasó primeramente a España, luego a Italia y más tarde al resto de Europa. No obstante, es con el positivismo donde se establecieron hospitales dedicados exclusivamente a los locos.

Durante el siglo XVII, el loco pertenece a una masa indiferenciada, ya que en el internamiento el mundo era tan sólo correccional a modo de una prisión, donde se mezclaba al enfermo mental con otros sujetos. Se puede decir que, en la Época Clásica hay una "involución" en el tratamiento de la locura respecto al mundo árabe, puesto que tan sólo se le recluye por no obedecer al orden de la razón, aunque se encuentran algunos hospitales especiales para enfermos mentales a la usanza árabe. Ya durante el siglo XIX se vuelve a la modalidad de internamiento enfocado a la medicina. Podemos decir que, incluso durante la Baja Edad Media y el Renacimiento está mayormente presente la perspectiva del loco como un enfermo gracias a la cercanía del mundo árabe en aquellos tiempos.

No obstante, durante el siglo XIX, aunque el loco vuelve a tomar su calidad de enfermo, también pasa a ser objeto de estudio positivo. También se debe recalcar que el siglo XIX hereda algunas características de la Época Clásica, pues la locura aún no se deshace de su experiencia moral y ética como mala voluntad; ella aún es vista como escándalo y es juzgada por las instituciones judiciales, médicas, de la Iglesia y de la familia, siendo encerrada. Sin embargo, reaparece su perspectiva de enfermedad, siendo objeto de estudio. De esta manera, la ciencia de las enfermedades mentales se ha construido sobre una conciencia jurídica, moral.

Durante esta época al loco se le comienza a ver como a un ser humano socialmente incapacitado y por tanto inhabilitado, como a un extranjero en su propia patria que sería la sociedad. Así, nace una psiquiatría que ve al loco como a un ser humano, no animalizado, sino a un ser incapacitado socialmente. Es un ser alienado, incapaz y parte de lo Otro. El internamiento, destinado a sanar o más bien a investigar al enfermo mental, hace patente la Otridad del loco, cosa que no fue así durante la Época Clásica. La Otridad se hace patente, ya que al loco, al ser objeto de estudio, se le manifiesta su

¹⁷ No se debe confundir la antipsiquiatría con la despsiquiatrización, la cual es un movimiento que aparece en el siglo XIX, después de Charcot y que no apunta a anular el poder médico, como lo haría la antipsiquiatría, sino darle un saber más exacto, ya que se consideraba que con Charcot se habían llevado a producir abusivamente muchas enfermedades y, por lo tanto, falsas enfermedades (Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág. 75).

carácter distinto y disfuncional dentro de un sistema; distinto y disfuncional por su carácter de enfermo. Y al verlo como enfermo, es por consiguiente, visto como defectuoso, anormal y como alguien carente.

Una diferencia importante entre el internamiento de la Época Clásica y del siglo XIX, es que en la primera, la locura, al igualarse a la maldad y al crimen, es sancionada y castigada; en cambio en el segundo, al ser considerada enfermedad, es perdonada en su propio tormento. De este modo, al considerarse la locura como enfermedad, el interno ya no será considerado culpable, sino un inocente sufriente de una enfermedad.

A diferencia de los siglos XVII y XVIII, los siglos XIX y XX perciben inmediatamente su sin razón, su absurdo y su locura; los anteriores, denominados *de las luces* perciben inmediatamente su razón y su luz; la irracionalidad, lo inmoral y el desorden quedan cubiertos por el ciego velo de la oscuridad.

Otra diferencia entre estas épocas es que, durante la Época Clásica, el internamiento y la reclusión era hacia la sin razón, por ello convergen en el mismo sitio figuras como el loco y el libertino; en cambio, con el positivismo y el siglo XX el encierro y reclusión es propiamente de la locura por insanidad mental, al ya ser una categoría de enfermedad. La mantención del internamiento a partir de la Época Clásica y luego en los siglos posteriores prosigue, de alguna manera, con una coacción moral y una sin razón dominada, aunque de otro modo, pues mientras durante la Época Clásica existe una reclusión para borrar y corregir, con el Positivismo y el siglo XX existe una reclusión para contener al enfermo y sanarlo (sanación como equivalente positivista de la corrección clásica).

La psiquiatría y la psicología positivista heredan pensamientos sobre la locura durante la Época Clásica, como lo es en el sentido de la moral y la ética, y la consideración de la animalidad en la locura en relación a los instintos (como se ve en el psicoanálisis y las modalidades psicodinámicas); todas estas características, a pesar de que están orientadas a una actitud de sanamiento, subrepticamente llevan la herencia clásica, donde predomina la razón a través de la investigación positivista de las enfermedades mentales. Y el loco, a pesar de convertirse en ser humano, sigue siendo un objeto, pero ahora de estudio investigativo.

A causa de la investigación científica positivista de la locura durante el siglo XIX, se comienza a apreciar una característica nueva en el mundo de la locura: la posibilidad de que ésta pueda ser incurable; así, ésta debe ser mantenida dentro de algún equilibrio, naciendo mecanismos en la medicina para sostenerlo, como lo son distintos medicamentos químicos, cirugías y más tarde terapias, lo cual no estuvo enteramente excluido durante la Época Clásica.

La investigación positivista, dentro de la cual se encuentra el psicoanálisis de Freud, el cual es el impulsor de la mirada que se tendrá de ya no sólo la locura, sino de los trastornos mentales durante el siglo XX, deja la posible oportunidad que el lenguaje médico tuviese un diálogo con la sin razón, a modo de comprenderla de un modo distinto, de esta manera, dándole una posibilidad al absurdo y a la locura ser parte de la vida, lo que se mostrará en distintas tendencias del siglo XX. Con esto, la sin razón dejará de estar oculta dentro de la cultura, pero se mantendrá al margen en el establecimiento

médico.

Incluso ya a fines de la Época Clásica, comienzan a nacer asilos¹⁸, donde se da la posibilidad de un nuevo tratamiento para la alienación, con un distinto tipo de estructura en el internamiento, puesto que no existía el mecanismo de prisión coactiva. Estas son muestras de que la locura comienza a ser reconocida tal como es y donde los seres humanos ya no permanecen tan ciegos como antes. Esta posibilidad se da, ya que el ser humano ya comenzaba a vislumbrar la experiencia de lo Otro, viviendo la locura como tal. Todos estos cambios, favorecen a los cambios y logros que se comenzaron a dar en psiquiatría y psicología durante los siglos XIX y XX.

La locura de algún modo siempre nos mostró una parte del ser humano, lo que se enraíza más con sus instintos, que durante la Época Clásica quiso mantenerse oculta y que sobretodo durante el siglo XX fue asumida y develada, principalmente en tendencias artísticas influenciadas por estudios positivistas del siglo XIX, como lo fue el psicoanálisis. Así, se reconoce la locura en figuras destacadas como Nietzsche, Van Gogh y más tarde en Artaud.

Descartes en sus *Meditaciones* plantea la posibilidad de que todo lo que nos rodea puede ser ficticio, al igual como es la realidad de un loco. No obstante, en un momento el llega a establecer lo que es cierto y verdadero, claro y distinto, siempre sustentado en la razón, en el *cogito*, donde nos muestra que es hijo de una época sustentada por la razón (Época Clásica). Sin embargo, el siglo XX deja abierta la posibilidad de que las cosas sean ficticias, sin creer de modo absoluto en la razón y aunque se sustente en la ciencia; pero incluso en la misma ciencia, cabe la posibilidad de lo relativo y de la incertidumbre, como una vuelta a la deriva, donde se realiza la angustia del ser humano.

El siglo XX, a diferencia de otras épocas, está patentada con una episteme que reconoce y recalca las miserias humanas y sus desajustes con la moral. El psicoanálisis es una de las ciencias que lo pondrá de manifiesto, desocultando el inconsciente humano, el cual no se refiere a lo que está bajo el consciente, sino más bien a lo que se escapa de la conciencia humana. Así, esta episteme reconoce que *la enfermedad no es una esencia contra natura, es la naturaleza misma, pero en un proceso inverso*¹⁹, lo que es aplicable no sólo a la enfermedad, sino a todo lo considerado contra natura, incluso lo que no va con una ética establecida. Este mecanismo del psicoanálisis, más que un conocer la locura del ser humano, disuelve al hombre²⁰ mismo, ya sea *normal* o *anormal*.

El psicoanálisis, a diferencia de la Época Clásica, se acerca a la locura colocándose allí mismo, dentro de sus psicosis analizadas; se reconoce allí, es decir, el modo de cura, que no siempre lo es, se realiza cuando se mezcla con la enfermedad, a diferencia de lo sucedido en la Época Clásica, que era un recluir y apartar las formas disfuncionales. *De manera que el psicoanálisis "se reconoce allí", cuando está colocado ante esas mismas*

¹⁸ Esquirol (1782 - 1840), quien fue llamado el "padre de la psiquiatría", en 1838 estableció la construcción de un asilo en cada departamento de Francia.

¹⁹ Cf. Foucault, Michel. "Enfermedad Mental y Personalidad". Pág. 32.

²⁰ Cf. Foucault, Michel. "Las palabras y las cosas". Pág. 368.

*psicosis (...)*²¹ . Esta es una de las principales características del siglo XX: mezclarse e introducirse en una cosa, con aquello que investiga, trabaja para ser realizada, pues gracias a la investigación científica positivista, se trata de experimentar todas las experiencias. Por tanto, quien investiga la locura, se debe sumergir en la experiencia de la locura, cumpliendo ésta, una función iluminadora, develando lo que realmente es. Es importante recalcar que la enajenación del enfermo no es indispensablemente constitutiva del psicoanálisis, pues éste también se abre a los llamados *normales*, pues sólo por el hecho de tener una mente, el inconsciente es susceptible de ser analizado.

De esta manera, el psicoanálisis al tratar de llegar a la locura, pasando por la misma experiencia de la locura, es parte de lo Otro al igual que ella. Pues el psicoanálisis, ya no es la típica representación racional de la Época Clásica, sino que pasa a ser representación de lo Otro, es decir, lo que no pertenece a la racionalidad, lo que es inconsciente y onírico, lo incierto e indefinido: es lo oscuro, que no se ha podido cientificar, pasando a ser una "contraciencia", como la llama Foucault, al igual que la etnología, ya que deshacen a ese ser humano que hace y rehace su positividad en las ciencias humanas. Y en este mismo territorio de oscuridad, de lo Otro, es donde siempre ha permanecido la locura. Así, con el psicoanálisis, el siglo XX ha podido tener una experiencia conocedora (aunque no en una forma científica "tradicional") de la locura, sumergiéndose en ella misma.

Y en este psicoanálisis convergen tres figuras, que definen al ser humano y que se muestran dentro de lo Otro y lo oscuro: la Muerte, con la muestra de nuestra finitud y el miedo a ello; el Deseo, que es lo que mueve a nuestra voluntad, lo que puede ser desde lo más instintivo; y el lenguaje de la Ley, que como seres humanos necesitados de normas, el mundo de lo Otro y de su oscuridad pasa a ser nuestra ley, cuando nos sumergimos en aquello Otro propio del psicoanálisis.

En la obra "Las palabras y las cosas" de Foucault, el autor alude sobre la incidencia del lenguaje como manifestación de la cultura en la locura: *"Y como si esta prueba de las formas de la finitud en el lenguaje no pudiera ser soportada o como si fuera insuficiente (quizá su insuficiencia misma fuera insoportable), se ha manifestado en el interior de la locura –la figura de la finitud se da así al lenguaje (como aquello que se devela en él), pero también antes de él, más acá, como esta región informe, muda, insignificante en la que el lenguaje puede liberarse"*²² . Aquí, el lenguaje, como expresión cultural, se encuentra en un mismo nivel de apertura que el psicoanálisis posee hacia la locura. Es un mismo nivel de apertura, pues tanto la ciencia, como las expresiones artísticas, culturales e intelectuales obedecen a la Ley de lo Otro. Ellas poseen la oscuridad, una "lógica" de lo confuso, del absurdo, del sin sentido, de lo incierto, de lo onírico y de lo ilógico, que se deja ver en la "contraciencia" del psicoanálisis y en las tendencias del siglo XX, cuyo nacimiento como cientificismo y del mundo de lo Mismo y de la claridad proviene del Positivismo, que desemboca en un confuso y atormentado siglo XX, siendo estas características propias de la locura. De esta manera, el siglo XX comparte la misma

²¹ Ibid. Pág. 364.

²² Ibid. Pág. 372.

experiencia con la locura; la vive en carne propia.

Con tales características de lo Otro, el lenguaje, a nivel de estructuras lingüísticas, se abre a tendencias nuevas, adoptando algunas de las corrientes intelectuales y científicas provenientes del positivismo, incluso tales como el mismo psicoanálisis. De este modo, durante el siglo XX nacen tendencias como el surrealismo y escritores con características como Artaud y Blanchot. A esto Foucault lo llama "*retorno del lenguaje*"²³, el cual no tiene el valor de una interrupción súbita en nuestra cultura, sino que es el lenguaje puesto al desnudo, provocado por la necesidad de un despliegue que se dio en la cultura occidental, a principio del siglo XX; y el nacimiento del psicoanálisis obedece a esta misma necesidad de dicho siglo. Pero no es tan sólo en el lenguaje escrito, sino también en la ciencia, como hemos mencionado anteriormente, con teorías tales como la Teoría de la Relatividad y el Principio de Incertidumbre, que sus mismos nombres nos llevan hacia lo oscuro.

Dentro de este Otro, propio del siglo XX, que nos hace partícipes de la locura, se encuentra la Antipsiquiatría, que es considerada un movimiento social y posteriormente de contracultura (es decir que, trata de oponerse a la visión tradicional de valores sobre lo considerado normal y anormal dentro de las personas y, por consiguiente, dentro de una sociedad). Nacida en la Inglaterra de la década de los '60, ella descarta la existencia de la enfermedad mental. Ésta, más bien, sería un rótulo para descalificar a ciertas personas que no encajan con los valores social y culturalmente establecidos dentro de una época, es decir, el que es considerado enfermo mental, es una persona que actúa con otros valores distintos a los establecidos y que además sus conductas incomodan y no gustan al orden impuesto, por ello son sometidos a procedimientos en que se verían disminuidos, siendo encerrados. De esta modo, este movimiento pasó a ser social, cuestionándose a la familia y al Estado, por lo tanto a factores de la sociedad en el trato con gente distinta a tal sociedad establecida. El movimiento fundó la institución Kingsley Hall (1965 - 1970), donde los supuestos enfermos podían realizar sus "viajes" libremente, tal vez donde habría una conexión con ese Otro que nos trae la llamada locura. Dicha locura no fue considerada como tal por los antipsiquiatras, como David G. Cooper y Thomas S. Szasz, ya que la locura era considerada como tal porque en el fondo eran otros valores y formas de ver la vida que no eran aceptados en el orden social... Tal vez esos otros valores y formas de ver la vida, se podrían considerar parte de la experiencia de lo Otro. Quizás la solución para considerar a este Otro de manera no peyorativa sería establecer un orden de entendimiento, es decir, la construcción de una tolerancia, donde se valore y aprenda a respetar los derechos de las personas y de seres vivos, con el cuidado de no caer en una relativización extrema que llegue a causarnos el no saber qué aceptar y qué límites adoptar. Para ello se requiere de un autoconocimiento, autocontrol y autonomía, para así responsabilizarnos de nosotros mismos y de nuestros propios actos.

Los considerados antipsiquiatras como Laing, Cooper, Bettelheim y Szasz introdujeron una nueva manera de relacionarse con la locura que provocó una ruptura con la psiquiatría; ellos ya no abordaron de forma médica estos fenómenos del comportamiento irregular, pues el estatuto de loco como tal se había adquirido

²³ Ibid. Pág. 372.

recientemente, durante el siglo XVIII, donde la locura comenzó a ser tratada como enfermedad e involucrada al ámbito médico. Es decir, la locura excluida, con la Época Clásica se incorpora dentro de un orden social, a través de los márgenes, quedando recluida en el encierro y catalogada como enfermedad. De este modo, todo comportamiento, anómalo y anormal (de lo Otro), considerado fuera del orden, ya sea sexual, social, etc. se vincula a la locura como enfermedad, tratándose en el ámbito médico, específicamente la psiquiatría, que comienza a emerger durante la Época Clásica (siglo XVIII).

Podemos argüir que la primera forma de antipsiquiatría fue el psicoanálisis²⁴, puesto que trató la locura de un modo distinto al acostumbrado dentro de la psiquiatría de aquella época; *constituyó un proyecto de desmedicalización de varios fenómenos que la gran sintomatología psiquiátrica que el siglo XIX había clasificado como enfermedades*²⁵. Ella no tan sólo aprehendía la histeria y la neurosis de forma nueva, sino también el conjunto de la conducta cotidiana, la cual constituye el objeto de la actividad psicoanalítica. No obstante, debemos decir, que con el paso de los años, la antipsiquiatría se opone a la psiquiatría imperante en su época de aparición, que obviamente es heredera de los acontecimientos psiquiátricos del siglo XIX, tales como el psicoanálisis.

Volviendo propiamente al tema de la locura durante el siglo XX, no obstante, a pesar de la experiencia de lo Otro, durante dicho siglo se mantienen las instituciones mentales, dirigidas en un principio a sanar y que por consiguiente, siguen un orden de lo establecido, y que incluso permanecen muy influenciadas por una episteme positivista.

- **Época Moderna:** Este recuadro fue sacado del libro "Foucault y la locura" de Frédéric Gros (pág. 39). Como podemos ver en el recuadro, la Época Moderna es heredera de la Época Clásica en tanto que mantiene los mecanismos éticos en su forma de ver la locura, no obstante trata de comprenderla y analizarla bajo ciertos mecanismos médicos psiquiátricos y psicológicos. También mantiene el recluimiento, pero agregándole el tema de la salud, donde al ser vista la locura como una enfermedad, se trata de buscarle una cura. En resumen, hereda mecanismos de la Época Clásica (encierro y factores éticos que influyen en la percepción y delimitación de la locura), pero los ve de un modo donde trata de comprenderlos, adentrándose en su experiencia (psicoanálisis y antipsiquiatría, por ejemplo) y con la nueva perspectiva médica de la locura se busca como objetivo la cura, donde dicha locura se delimita entre lo sano y lo patológico, lo normal y lo anormal.
- **Conciencias de locura:** Conciencia analítica.
- **Significación de la locura como límite:** Naturaleza psicológica.
- **Modalidad de separación:** Objetivación.
- **Geografía:** Asilos psiquiátricos.
- **Práctica social:** Cura.

²⁴ Cf. Michel Foucault. "Obras esenciales. Estrategias de poder". Tomo 3. Pág. 355.

²⁵ Ibid. Pág. 355.

- Geometría: Espacio lleno.
- Tipo de oposición teórica: Normal/Patológico [Anormal].
- Facultad de síntesis: Entendimiento analítico [por parte del médico psiquiatra o del psicólogo].

A través de la investigación realizada sobre la historia de la locura y sus variaciones según los distintos suelos mudos, que obedecen a cambios culturales y epocales, daremos curso al segundo capítulo de este trabajo, que consiste en los conceptos que realizan el delineamiento de normalidad y anormalidad en una sociedad.

Capítulo 2: Delineamiento entre locura y cordura: anormalidad v/s normalidad

En el siguiente capítulo expondremos el delineamiento de normalidad que se ha realizado en una sociedad, específicamente dentro del tema de la locura, viendo las principales categorías que acechan a ésta: la normalidad y la anormalidad, que son determinadas por la concepción de alienación que impere dentro de un orden social, que a su vez se determina por cierta moralidad. Dichos conceptos, normal y anormal (patología), son las delimitaciones que existen hoy en día para la separación de los grandes conceptos de cordura y locura respectivamente y que coinciden con conceptos como: sagrado y profano (Renacimiento), razón y sin razón (Época Clásica); y también con sanidad y enfermedad (o patología) (otra forma de llamar las categorías de normal y anormal durante nuestros días), sensatez e insensatez (también utilizado durante la Época Clásica como parte de la razón y la sin razón respectivamente), correcto e incorrecto (los cuales atraviesan todas estas categorías, ya que se relacionan directamente con la moralidad), que se configuran según la época y su moralidad. Así también bueno y malo, estarán dentro de tal delineamiento, pues éste pasa a ser algo social que es determinado por la moralidad, las costumbres y la eticidad de una cultura y de una época. Es importante señalar que dentro de lo considerado razón y sin razón, coincide lo que Foucault llama lo Mismo y lo Otro respectivamente. Lo Mismo coincide en lo normal que se sujeta a una época, a una episteme; lo Otro coincide con lo anormal que esta fuera de una episteme, trayendo a otra anacrónica, donde los signos de cada una de ellas son asemejados por la figura del loco. Obviamente, este Otro se da dentro de un Mismo, para ser considerado

como tal.

Las categorías que delimitan lo que es locura y cordura, serán usadas independientemente a la época que correspondan, pues ellas en el fondo corresponden a una misma separación que se hace de la locura y de la cordura que se va dando de distintos modos, según los cánones de un periodo determinado.

Alienación como concepto que define el límite entre anormalidad y normalidad

La normalidad y anormalidad son dos categorías fundamentales que cruzan la historia de la locura, es decir, las que definen entre lo que es considerado locura y cordura, en este caso, y que van tomando distintas formas según la época, por ejemplo: sagrado y profano durante el Renacimiento o razón y sin razón durante la Epoca Clásica.

Como hemos dicho, lo normal y lo anormal se van adoptando según las épocas, sus criterios cambian según la episteme, pero siempre obedecen a cánones éticos de un periodo y una cultura específica. Se puede simplificar que lo considerado anormal es tanto lo incorrecto, lo que está mal y se desvía como lo patológico, lo enfermo y también lo sin razón; y lo normal es tanto lo correcto, lo que está bien y sigue un recto camino como lo que está sano y con razón. Sin embargo, lo normal y lo anormal no serán categorías definitorias de la enfermedad mental, sino que ella se conformará según la noción de alienación que se tenga, la cual definirá lo que es normal y lo que es anormal. Por lo tanto, todo partirá, como causa de la enfermedad mental, desde qué es lo que se considera alienado en un orden social, el cual los distinguirá entre las categorías de normal y anormal.

La locura durante la Baja Edad Media y el Renacimiento obedecía a valores como bien y mal, luego con la Época Clásica y el Positivismo obedece a una experiencia moral y ética basada en una mala voluntad, estableciéndose lo correcto y lo incorrecto, mediante las categorías de lo normal y lo anormal respectivamente, las cuales son según el comportamiento del individuo frente a un orden social, que las cataloga como comportamientos correctos (normales) o incorrectos (anormales) dependiendo de la moralidad establecida.

Con el establecimiento de la psicología y la psiquiatría, estas categorías serán consideradas dentro de la sanidad mental, siendo definidas como sano o insano (patológico, conciencia mórbida ²⁶). Es considerable ver la definición de locura que aparece en el diccionario. De ella dice así: *privación del juicio o del uso de la razón; exaltación del ánimo o de los ánimos, producida por algún afecto u otro incentivo*.

Sabemos que muchas ramas de las ciencias se han preocupado de ella, especialmente la psiquiatría y la psicología, tanto como la filosofía, ya tanto desde un aspecto existencial como ético. En su origen la psiquiatría, tal como lo dice la etimología

²⁶ Cf. Michel Foucault. "Enfermedad mental y personalidad". Pág. 9.

de la palabra: *psyché*, alma y *iatreía*, curación, significa curación del alma; ella como ciencia se ha preocupado específicamente del estudio de las enfermedades o patologías mentales y su forma de curación o tratamiento; la psicología, en cambio, como parte de la filosofía, se ha preocupado del estudio del alma, sus facultades y operaciones, relacionándola a todo lo que atañe al espíritu, de este modo, se le define como ciencia de la vida mental. Así, la diferencia originaria que podemos encontrar entre estas dos disciplinas es que, la primera (psiquiatría) estudia los procesos mentales en su enfermedad, y la segunda (psicología) estudia los procesos mentales y los comportamientos como tales y no como enfermedad. No obstante, hoy en día, ambas disciplinas tienen mixturas, pues la psiquiatría también estudia aquellos procesos mentales como tales, aparte de observar sus patologías, y la psicología también incursiona en las patologías mentales, como el estudio entre lo normal y lo anormal y su tratamiento, aparte de ver los procesos mentales como tal, sin necesidad de ver lo patológico. Hoy ambas se dedican a los estados de salud mental, aparte de su tratamiento y de su estudio como tales; la diferencia radica en que la psicología se dedica a los estados de salud mental dentro de su normalidad, que van desde el normal al neurótico; en cambio, la psiquiatría se dedica a los estados de salud mental dentro de su anormalidad, que van desde la psicosis a la psicopatología. La psicopatología no tendría recuperación, es decir, sería el estado de locura extrema. De este modo, hoy en día la psiquiatría hace uso de fármacos para el tratamiento de la conducta anormal, pues dicha anormalidad radicaría en un mal funcionamiento orgánico. Sin embargo, es importante señalar que durante el siglo XIX, las enfermedades llamadas orgánicas sólo eran las relacionadas a los órganos del cuerpo y no a las mentales, las cuales eran llamadas enfermedades sin lesiones orgánicas (como la neurosis o enfermedades nerviosas y las fiebres esenciales²⁷) o eran definidas como de síndrome histérico, al tener una causalidad psicológica de perturbaciones sin fundamento orgánico (fines siglo XIX)²⁸.

Lo llamado patológico o enfermedad se ha configurado dentro de la anormalidad, pues el cuerpo no estaría en sus funciones normales, pues lo normal sería un cuerpo sano. De este modo, lo anormal se distingue como lo enfermo que sume al cuerpo en un estado de no sano, es decir, en un estado en el cual no se encuentra habitualmente. Sin embargo, la enfermedad es una vida que actúa sobre el cuerpo haciéndolo actuar de modo patológico o anormal (distinto a su modo habitual). Así, la enfermedad sería un vida patológica que se alimenta del cuerpo y que tiene su propia vida con sus propias normas, por lo tanto, dentro de su patología, ésta tendría un desempeño normal, propio a la enfermedad. El organismo como vida actuaría de un modo para hacer frente a esta otra vida que se alimenta de él. Sin embargo, en psiquiatría la noción de personalidad hace difícil la distinción entre normal y patológico²⁹, pues no hay claridad sobre una vida patológica que afecte al organismo, donde éste comienza a actuar de un modo tal para defenderse de la morbosidad. En la patología mental, actúa la personalidad, donde esta

²⁷ Cf. Michel Foucault. "El nacimiento de la clínica". Pág. 247.

²⁸ Cf. Michel Foucault. "Enfermedad mental y personalidad". Pág. 9.

²⁹ Ibid. Pág. 22.

distinción entre un agente patológico que actúa sobre el organismo sano no se puede realizar con claridad. Tan sólo se realizan distinciones sobre la personalidad que oscilan entre lo normal y anormal de la estructura de la personalidad. De este modo, dentro de los polos de lo que es la patología mental, se encuentra el grupo de las esquizofrenias con ruptura del contacto con la realidad y el grupo de las locuras maniaco-depresivas o psicosis cíclicas, con la exageración de las reacciones afectivas. Este análisis realizado por Bleuler, parecía definir tanto las personalidades normales como las patológicas. A base de este análisis, Kretschmer construyó una caracterología bipolar: la esquizotimia y la ciclotimia, cuya acentuación patológica se presentaría como esquizofrenia y "ciclofrenia"³⁰.

En este último punto, donde la diferenciación entre lo patológico y lo normal dentro de la salud mental no está definido con una vida patológica que actúe sobre el organismo, podemos argumentar en aras de la costumbre, cultura y moralidad propias de una civilización como definitorias de lo normal y lo patológico, en vez de una vida patológica propia de enfermedades orgánicas, es decir, no mentales³¹. Así, los enfermos mentales serán tratados dentro de su enfermedad según las actitudes que tenga el medio hacia su enfermedad mental.

Dentro de la psiquiatría y la psicología contemporáneas existen distintas perspectivas del concepto de anormalidad, como lo son el modelo médico, donde el comportamiento anormal es por una causa fisiológica; el modelo psicoanalítico, donde la anormalidad provendría de conflictos en la infancia que surgen de deseos contrapuestos vinculados al sexo y a la agresión; el modelo conductual, que sostiene que el comportamiento anormal en sí mismo es el problema que se debe tratar, en lugar de concebir al comportamiento como síntoma de algún problema médico o psicológico subyacente; el modelo cognitivo sugiere que los pensamientos y las creencias son un componente central del comportamiento anormal; el modelo humanista sostiene que las personas son fundamentalmente racionales y que deberían fijar sus propios límites acerca de lo que constituye el comportamiento adecuado; el modelo sociocultural, sugiere que los comportamientos normal y anormal son determinados por la familia, la sociedad y las influencias culturales. Podemos ver que los distintos modelos psicológicos, enfocan desde distintas perspectivas la anormalidad, algunos trazan caminos más abiertos para determinarla según los individuos (como lo es el modelo humanista), pero siempre obedecerá a lo que está fuera de la norma, de acuerdo a un establecimiento moral y de costumbres, a pesar de que algunos modelos hagan más énfasis a los aspectos sociales, morales y éticos. Si bien lo anterior es certero, la línea entre la calificación de lo normal (cordura) y anormal (locura) es delgada y movable, por lo que se hace difícil delimitarla categóricamente, pues ella cambia según las epistemes, las costumbres, las sociedades y culturas; de algún modo, por ello vemos que hoy en día existen distintos parámetros de anormalidad, que, no obstante, obedecen a un canon ético, de control y orden. Por ejemplo, cuando se habla de trastornos de la personalidad, podemos observar, que a

³⁰ Ibid. Pág. 22.

³¹ La generalidad de las enfermedades mentales hoy en día cuando son consideradas orgánicas no tienen su causa en un agente patológico exterior, sino en agentes químicos propios del organismo que se desempeñan de modo particular.

pesar de que existan distintos tipos de trastornos, todo ellos obedecen a una ausencia de la aflicción, la cual es necesaria dentro de nuestro funcionamiento moral dentro de una sociedad y, por lo tanto, en nuestra relación con los otros. De esta manera, el trastorno de la personalidad se define como un conjunto de rasgos inflexibles y maladaptativos de la personalidad que impiden que el individuo se desempeñe en forma adecuada como miembro de la sociedad; en el caso del trastorno antisocial de la personalidad o sociopatía, ésta se define como aquellos individuos que manifiestan el menor apego a las reglas éticas y morales o a la observancia de los derechos de los demás; y en el caso del trastorno narcisista de la personalidad, son aquellos individuos que poseen un exagerado sentido de la importancia personal y a la incapacidad de experimentar empatía hacia los demás. Así, se observa que aquellos trastornos siempre van en relación con otro, nuestra relación con ese otro, la emocionalidad y afección o afectividad que tengamos por ellos, características todas que deben existir dentro de las relaciones interpersonales para el funcionamiento del orden de una sociedad.

Foucault nos dice que en la patología clásica lo anormal es la cristalización de las conductas patológicas cuyo conjunto conforma a la enfermedad. La alteración de la personalidad que resulta de la enfermedad es lo llamado alienación. No obstante, el autor apela a una inversión de lo anterior, es decir, a partir de la alienación como situación originaria para descubrir luego la enfermedad y para definir en último término al anormal³². De este modo no se está alienado porque se está enfermo, sino que en la medida que se está alienado, se está enfermo, pues la alienación actúa como todo lo considerado incorrecto dentro de un orden social; por lo tanto, si se está alienado, se estaría actuando en contra de ese orden social, y dichos actos son considerados como enfermedad, patológicos a ese orden. Así, Foucault, nos habla de la alienación como superestructura en relación con la enfermedad, ya que dicha alienación nos muestra todo lo valórico y de alguna manera, todo lo "teórico" según lo que es incorrecto o no para catalogarse como enfermo; como alienación, ella nos dirá cuales son las características para considerar a alguien enfermo mental dentro de un orden social, y quienes dictaminarán lo que está alienado será un médico, un juez y un sacerdote³³ (en este caso, especialmente será el médico). De esta manera, Foucault nos dice que, *la alienación histórica es la condición primera de la enfermedad*³⁴, por lo cual *se ha hecho de la alienación psicológica y jurídica la sanción de la enfermedad*³⁵, pues ella da cánones, según características históricas, de lo que se considerará enfermo o sano. La enfermedad sería consecuencia de las contradicciones sociales en las que el ser humano ha estado históricamente alienado, pues la locura sería una proyección de tales contradicciones sociales. Es decir,

³² Cf. Michel Foucault. "Enfermedad mental y personalidad". Pág. 115.

³³ Estas tres ocupaciones serán consideradas pilares dentro del funcionamiento y orden social desde la Antigüedad (representatividad en la institución religiosa y espiritual, llamada posteriormente Iglesia, se encuentra el sacerdote, dentro de la institución de justicia, el juez, y dentro de la institución de salud y su mantención, se encuentra el médico).

³⁴ Cf. Michel Foucault. "Enfermedad mental y personalidad". Pág. 115.

³⁵ Ibid. Pág. 115.

la locura como enfermedad demostraría dichas contradicciones, por lo cual los alienados son puestos en la marginalidad de una sociedad. Y siempre tal alienación obedecerá e incluirá todas las características no aceptadas moralmente por una época y cultura, y quienes manifiesten dichas características de la alienación serán los llamados enfermos mentales.

Con lo expuesto, podemos hacer una distinción entre alienación psicológica y alienación social, donde la alienación social sería la condición de la enfermedad (pues todo los cánones que disponga la alienación para determinar si algo se encuentra dentro de lo patológico obedecen a lo que se escapa de un determinado orden social) y donde la alienación psicológica obedecería a un mito en el que un enfermo se margina y se hace extranjero de su propio país, lo cual obedecería a que éste es aislado porque muestra las contradicciones de dicho orden social.

Respecto a la normalidad y la anormalidad, Foucault defiende la idea donde los procesos mórbidos están en el mismo plano de las reacciones normales, ya que tales procesos mórbidos no se pueden examinar separándolos de los procesos normales, pues sus mecanismos básicos son los mismos (es como la clásica idea de Heráclito de que siempre un algo irá acompañado de su opuesto; no existiría el bien si no existiera una idea de lo que es el mal). Como hemos hecho mención, existe una vida patológica que posee procedimientos llamados normales en relación como ella se debe desarrollar, por lo tanto no puede definirse anormal como lo hace la patología clásica, donde lo anormal residía en función de que el organismo sano no actuaba con normalidad a lo habitual, pues le estaba haciendo frente a una enfermedad; no obstante, este hacer frente, estaría dentro de un mecanismo normal del cuerpo cuando se ve frente a la patología.

Lo anormal sería una consecuencia de lo patológico, donde no podemos definir a la enfermedad según lo anormal y lo normal, ya que hemos visto que lo llamado anormal, es decir, lo patológico, también actúa según una norma (en este caso la enfermedad mental). Definir así la enfermedad es ocultar la alienación como verdadera condición de la enfermedad, es decir, la enfermedad mental, en este caso, obedecería a una superestructura de valores y órdenes sociales que correspondería a la alienación, y quienes estén bajo las consideraciones morales no correspondientes a este orden, estarán bajo la alienación y, por lo tanto, se les considerará enfermos mentales.

Las enfermedades mentales son a partir de condiciones reales, históricas y humanas; ellas son de la personalidad toda, es decir, tienen su origen en las condiciones reales de desarrollo y de existencia de esa personalidad, teniendo su punto de partida en las contradicciones de un orden social. De este modo, se dejaría de lado el origen de ella tanto en su psicogénesis como en su organogénesis. El punto de partida de la enfermedad mental se encontraría en lo considerado alienación, es decir, en todo lo rechazado moralmente por un orden social y que deja al descubierto la contradicción (de tipo social, histórica, cultural, entre otros) de ese orden a través de la marginación del enfermo mental. Esta alienación como punto de partida de la enfermedad, es la llamada alienación social por Foucault, como habíamos mencionado anteriormente. La consecuencia de ella es la alienación mental o psicológica, que es de índole mítica, pues ella es la que muestra la marginación hecha al enfermo mental, la cual tan sólo es producto de las contradicciones del ya mencionado orden social y su historicidad.

El reducir la enfermedad mental sólo al aspecto del funcionamiento nervioso y a aspectos fisiológicos depende de la transformación de existencia y de la desaparición de las formas de alienación, donde el ser humano pierde el sentido de sus actos. Foucault, apunta a una fusión de los aspectos objetivos y subjetivos, orgánicos y psicológicos, a partir de Pavlov, pues con ello, la oposición de la conciencia y el cuerpo será resuelta, viéndolos como un todo. De esta manera, la enfermedad no tendría que ser vista tan sólo desde su aspecto orgánico (por ejemplo: lobotomías y fármacos), sino también en sus consideraciones históricas y sociales de aparición, lo cual sería un análisis realmente materialista³⁶. Tal vez, mediante la terapia se puedan considerar aquellos aspectos de orden social e histórico del individuo.

Foucault nos dice que la alienación es aceptada una vez que se efectúan las prácticas médicas sobre ella. Al admitir la existencia de una patología mental o que la personalidad del individuo está alterada, se practican terapias que se sitúan fuera de la enfermedad. No obstante, plantea el autor, que es necesaria la existencia de una terapia que esté en línea de los mecanismos internos de la patología, es decir, basarse en la enfermedad misma para superarla³⁷, como una vacuna, que utiliza al organismo causante de una enfermedad para poder prevenirnos ante ella. De este modo, la terapia se debe enfrentar a la enfermedad, en una especie de conflicto dialéctico, utilizando siempre los conflictos reales del enfermo, es decir, enfrentándose a su realidad, que conlleva procesos históricos y sociales, pues no se podría desligar al enfermo de sus condiciones de existencia como aquellas, pues sería encerrarse en una abstracción y no en lo real, para llegar a poder desalienarlo, es decir, de alguna manera, aliviar el peso en su alma que le provoca la superestructura de valores, moralidad e historicidad que lo definen como alienado o loco.

La medicina del siglo XIX creyó establecer las normas de lo patológico y lo anormal, las cuales serían perpetuas; en cambio hoy en día se ha conscientizado la relatividad de lo normal, variando el umbral de lo patológico, lo cual cambia junto a las transformaciones históricas, sociales, valóricas, económicas, entre otras y de todo un suelo mudo que se mueve.

Anormalidad y Normalidad respecto al poder y sus mecanismos controladores, específicamente el discurso

Para justificar el aislamiento de los locos, el médico psiquiatra francés, de la primera mitad del siglo XIX, Esquirol, daba cinco razones fundamentales: 1) asegurar su seguridad personal y la de sus familiares; 2) librarlos de las influencias exteriores; 3)

³⁶ Ibid. Pág. 120.

³⁷ Ibid. Pág. 121.

vencer sus resistencias personales; 4) someterlos por la fuerza a un régimen médico; 5) imponerles nuevos hábitos intelectuales y morales. Queda claro que todo es un asunto de poder: controlar el poder del loco, neutralizar los poderes exteriores que pueden ejercerse sobre él, imponerle un poder terapéutico y corrector -una ortopedia-³⁸. Corrientes como la antipsiquiatría, ante estas instituciones como lugares de forma de distribución y mecanismos de las relaciones de poder, presentará sus ataques. De alguna manera, ellos apelaban no a una corrección de la locura, pues ésta tendría su propio orden, que dentro de su autonomía, desajustaba al orden de lo Mismo, con la fuerza de lo Otro, que hacía permisible todas las contradicciones de este Mismo y traía las características de otra episteme, que no era parte de ese Mismo. Con esto, había una desmedicalización de la locura, pues no estaba sujeta a los poderes médicos tradicionales. No obstante, también se podría hablar de un nuevo discurso puesto por la antipsiquiatría sobre la locura; la diferencia de este discurso, es que el poder no es punitivo, sino que deja a la locura ser como tal.

La anormalidad (o gradación de lo normal a lo anormal³⁹) es donde se despliega la pericia médico legal, la cual no sería homogénea a la medicina ni al derecho; ella no se deduce del derecho ni de la medicina (específicamente de la psiquiatría); aunque ella se inserta en aquellas disciplinas y las une, sus normas provienen de otra parte. Y ello es porque ella no se dirige directamente a enfermos (medicina) ni a culpables o inocentes (derecho), sino a la categoría de los anormales. Ella, a pesar que se relaciona con el poder médico y el poder legal, conforma un tercer poder, que Foucault llama el poder de la normalización. Ella proporciona normas de lo que conformará lo alienado, que luego se adoptarán en prácticas psiquiátricas y legales, siendo una instancia para el control de lo anormal, problema teórico y político importante⁴⁰. De este modo, la medicina legal o judicial se instaura como un método de control de la anormalidad. La psiquiatría y el derecho aunque siguen sus patrones, se remitirán mayormente al control de la enfermedad (medicina; psiquiatría en este caso) y al control del crimen (derecho).

La distinción que se hace respecto a la psiquiatría y al derecho con respecto a los individuos que trata, durante el siglo XIX era la siguiente: dentro de los códigos penales se determinaba si un individuo era un enfermo mental o un delincuente, pues no se podía ser delincuente y a la vez loco. Si el acto delictual lo cometía un loco, éste acto era un síntoma, no un delito. Hoy en día se ha heredado esta lógica de discriminación entre ambos individuos, sin embargo, el delincuente, que es condenado, se ve sometido a exámenes para determinar su salud mental, con lo cual, por el acto cometido, siempre se le considerará como loco. La diferencia hoy, tan sólo radica en verificar si el individuo es peligroso o no; el sujeto no sería peligroso si el psiquiatra dictamina que dicho individuo no muestra ningún signo patológico; en cambio lo será si posee aquellos signos. Podemos ver aquí, que si bien hoy en día no es necesario que el delincuente no sea loco y vive versa, también se hace una escisión, pero ahora no entre loco y delincuente, sino

³⁸ Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág. 79.

³⁹ Cf. Michel Foucault. "Los anormales". Pág. 49.

⁴⁰ Ibid. Pág. 49.

entre peligroso y no peligroso, donde el sujeto peligroso pasa a ser el loco, alienado, que sufre de alguna patología (por ejemplo, un delincuente con alguna patología mental) y el no peligroso es tan sólo el delincuente, sin enfermedad mental, pero que no se le descarta algún tipo de locura por el hecho de ser delincuente, como hubiese sucedido en la Francia de principios del siglo XIX.

Respecto a la normalidad, con la Época Clásica podemos ver todos los procesos de normalización dados para la sociedad, a través de instituciones reguladoras y controladoras. Norma en su significado original es escuadra. En su etimología griega (gnomon) significa medida, la cual se refiere al reloj de sol o más bien al puntero del reloj de sol. Podemos concluir, que norma se refiere a una medida, regla ordenadora y también orientadora.

Desde el punto de vista social, el criterio de normalidad debe referirse a si la persona actúa de acuerdo a normas sociales. Sin embargo, no todas las normas sociales coinciden, pues las normas ideales, que nos dicen cómo debemos actuar no siempre coinciden con las normas reales, que son aquellas que son aplicadas realmente por los individuos. No obstante, los individuos que se guían por tales normas reales no son calificados como anormales, pues aquellas normas reales de alguna manera se fundan en las normas ideales. El concepto que usa la psiquiatría de anormalidad para alguien con una conducta socialmente anormal se refiere a una persona que es desadaptada socialmente y que se debe adaptarla. Sin embargo, algunas veces en el ímpetu de adaptación del anormal, la psiquiatría pasa a ser un agente de control social.

La norma, así como lo plantea Foucault según Canguilhem, no se definiría como una ley natural, sino como una exigencia y coerción que se ejercen sobre los ámbitos en los que se aplican; ella sería portadora de una pretensión de poder⁴¹. En ella se funda y se legitima el ejercicio del poder. Ella sería un principio de calificación y corrección. Ella no excluye ni rechaza; ella trata de intervenir y transformar a través de la corrección de aquello que se cree que está excluido por estar fuera de la norma, por lo que ésta última trata de recuperar aquello distinto corrigiéndolo. Lo cual sería llamado por Foucault y Canguilhem: proyecto normativo. De este modo, el poder no sería tan sólo un mero mecanismo negativo de represión, sino que trata, a través del control corregir aquello que aparece distinto al orden social, mediante la normalización, sin estar en un nivel superestructural y desconocido. A través de aquel control para corregir a lo que se escapa del orden, el poder cae en prácticas represivas, pero su punto de partida sería la corrección para que todo quede insertado en un orden.

Como hemos dicho, lo normal es todo aquello que se acata a la norma, lo correcto; lo anormal, llamado patológico dentro de la psiquiatría, es todo aquello que es error, un error respecto a la norma, por lo tanto, lo normal. Canguilhem nos dice que, muchas veces en una sociedad la normalidad se puede definir por la actitud de subordinación instrumental, la cual es llamada adaptación, es decir, la normalidad es aquello que se ha subordinado a una norma, una regla, que se sujeta a ella, lo cual es lo que nosotros llamamos adaptación. En otras palabras, la adaptación obedece a un subordinarse y sujetarse a normas, al obedecimiento de las reglas de cierto medio o sociedad.

⁴¹ Ibid. Pág. 57.

Hablar de la anormalidad es hablar de lo Otro, que implica todo aquello que es excluido, rechazado y negado en nuestra sociedad. Por otro lado se encuentra la normalidad como dentro de lo Mismo, la cual, como hemos, dicho trata de enmarcar lo aceptado por una sociedad dentro de ciertos límites y parámetros, tratando de normalizar aquello que se escape. De este modo, el excluido se reintegra dentro de un circuito marginal dentro de la norma. El circuito marginal del loco reintegrado es el circuito médico ⁴² ; marginal, pues el loco se encuentra en una situación de reclusión normado a través de un saber médico psiquiátrico.

Los cánones de normalidad y anormalidad siempre obedecerán a una historia de la razón, es decir, a una episteme donde se enmarcan los distintos órdenes que regirán a una época (los poderes, el saber y la verdad que resultan estar integrados).

En el texto "El orden del discurso" de Michel Foucault podemos ver como toda sociedad posee mecanismos de control y poder a través del discurso y cómo éste puede regular de tal forma promoviendo un canon moral, modelando lo bueno y lo malo, o más bien lo correcto o lo incorrecto según determinado espacio y tiempo. Es ahí, donde surgen mecanismos de inclusión y de exclusión: lo que se acepta al orden es incluido y lo que no, es excluido o tratado de reintegrar pero modelándolo a los mecanismos imperantes. Nos dice Foucault: "Yo supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad", pues los discursos no serían meras formas lingüísticas, sino que serían materialidad, pues condicionan todo un control, poder y orden que formará a una sociedad. Y es así, mediante dicho control donde se producen mecanismos de exclusión, donde aparece lo prohibido, es decir, aquello que no es aceptado, por lo tanto no es correcto, pues se sabe que no se puede decirlo todo.

Otro mecanismo de exclusión, que no trata de una prohibición, sino de un rechazo y una separación, es la oposición entre razón y sin razón o locura. La separación se encuentra en dicha escisión de locura y razón o cordura, donde la locura sería lo rechazado y la razón o cordura estaría en lo permitido y lo correcto. La palabra de aquellos rechazados, los locos pasa a ser desvalorizada dentro de aquel orden, es nula, no contiene verdad ni importancia, de este modo queda excluida de la sociedad, pues no cabe en su orden; pasa a ser un conjunto de anormalidad, pues no cabe en la norma y, por lo tanto, dentro de la normalidad. Sin embargo, al ser algo anormal se le confiere extraños poderes, como una verdad oculta, como predicción del porvenir, como ver simplemente lo que la normalidad no puede ver. Es aquí donde radica la sensatez del loco, que dentro de su invalidez de lo normal paradójicamente es insensato. Su sensatez radica en ver más allá que lo normal y muchas veces esto se presenta como una amenaza al orden de la normalidad, por ello es rechazado e invalidado. De este modo, el discurso del loco pierde valor e importancia, convenciéndose la normalidad de que es así.

Podemos ver que la palabra del loco se mueve entre la sensatez y la insensatez. Es considerada insensata, porque es invalidada por un orden que la puede encontrar

⁴² Cf. Michel Foucault. "Obras Esenciales. Estrategias de Poder". Tomo 2. Pág. 29.

peligrosa por su posible verdad, pues es dicha sin tapujos; es así como no es escuchada y pasa a la inexistencia. Pero si es escuchada, es acogida como la palabra de la verdad. De este modo, podemos observar que en cierta época no es acogida, pero en otras sí. A través de sus palabras era cómo se reconocía la locura del loco; ellas eran el lugar en que se ejercía la separación [entre razón y sin razón], pero nunca eran recogidas o escuchadas ⁴³.

Durante toda la historia fue una palabra sin valor, tan sólo pudiendo ser una verdad enmascarada, pero anulada. Ya a fines de la Época Clásica comienza a ser vista de otro modo, pero también dentro de una anulación: como enfermedad, patología, anormalidad, que sin embargo, se puede creer que como enfermedad se trata de reconstruir su discurso, mediante la búsqueda de sentido a sus dichos, dándole así, valor a su verdad, como lo haría, por ejemplo, el psicoanálisis. No obstante, la separación entre razón y sin razón, normalidad y anormalidad, sigue allí; se manifiesta de otra forma, según los cambios de una episteme, pero persiste a través del control institucional que mantiene censuras y prohibiciones y que de una manera subrepticia e inconsciente, para nosotros, coarta para mantener el orden. Dicha institución, ya sea médica o psicoanalista, escucha su palabra, pero la mantiene separada de la razón al considerarla patológica. Sabemos que la medicina comienza sus prácticas sociales relativas a la locura durante el siglo XVIII, al ser considerada ésta una enfermedad. El internamiento pasa a ser médico y, por tanto, él establece mecanismos de control sobre la locura, decidiendo los parámetros de normalidad y anormalidad, siempre según el establecimiento moral de una época. Con esto, el estatuto social, jurídico y cívico del loco será el alienado y la alienación será la desviación del orden natural, una pérdida de la autonomía y racionalidad personal. En este punto, podemos ver la contraposición que plantea el poder sobre la palabra del loco por parte de la institución, pues al declararlo alienado no se encuentra en condición de ejercer como persona autónoma según los cánones de lo normal y de la razón; no obstante, debemos recalcar, que la autonomía propia de la locura a la que se apela en este trabajo, tan sólo radica en que ellos dentro de su mundo Otro se atreven a actuar según sus propias leyes, su propia libertad y, por consiguiente, por sus propias decisiones que conforman su autonomía, y al guiarse por ella no caben dentro de lo considerado normal, quedándose en un mundo Otro que para dicha normalidad resulta peligroso, ya que ellos actúan tal como son, es decir, despliegan su forma de ser propia, manifestando su autonomía y leyes propias.

Lo esencial en la medicalización de la locura es la relación médico - hospitalaria entorno al manicomio, es decir, su manejo de la institución; manejo de poderes y su consecuente control.

Un ejemplo del poder de la normativización: las Workhouses y su relación con el ocio durante la

⁴³ Cf. Michel Foucault, "El orden del discurso". Pág. 13.

Época Clásica

El poder en la Época Clásica no obraría por exclusión, sino por inclusión, donde los elementos son elegidos rigurosamente para repartirlos y distribuirlos según sus diferencias. En esta época nacen una serie de mecanismos e instituciones que actúan para distribuir a los individuos dentro de un orden social y aunque estos queden excluidos, serán parte del grupo excluido que tendrá una cierta función, pues todo se trata de que el sujeto quede incluido en el grupo que le corresponda para mantener el orden social e institucional. Como dice Foucault, durante la Época Clásica existe un *arte de gobernar*⁴⁴; en toda las instancias existe un *gobierno*. Así podemos decir, que con las formas institucionales de recluimiento de la locura y su ocupación, existe un *gobierno* de los locos.

Una de las formas de manejo de la Época Clásica sobre la locura, se ve reflejado en la dicotomía ocio y trabajo: el ocio propio de los locos y vagabundos y el trabajo propio del hombre normal y productivo. Tal dicotomía es expuesta en el papel que desempeñaron las Workhouses como mecanismo de encierro para todos los individuos considerados anormales, puesto que una de sus características era el ocio, la vagancia y la falta de productividad.

El trabajo y el ocio se mueven en la dicotomía de los opuestos razón (cordura) y sin razón (locura) respectivamente. Es preciso recordar que el ocio ha sido un momento para darnos a nosotros mismos, desplegar nuestras facultades, con plena autonomía, sin la intervención de otros. No obstante, esto no era visto con buenos ojos durante la Época Clásica; se debía trabajar para mantener la institución y no propiamente para el despliegue de uno mismo, sino que para otros. De esta manera, quienes seguían aquel estilo de vida eran relegados y recluidos, peligrosos e insanos, mezclándolos al mundo de la locura, donde algunos no necesariamente tenían lo que nosotros hoy en día llamaríamos patologías mentales, sin embargo eran considerados como tales por su estilo de vida.

Ocio proviene del latín *Otium*, que a su vez proviene de *Otiar*, descansar, estar ocioso. *Otiosus*, significa ocioso, inactivo, desocupado, libre de los negocios del Estado, ocupado en trabajos literarios, tranquilo, pacífico, neutral, libre de cuidados. También encontramos otras definiciones para *Ocio*, que se emparentan con la anteriores, las cuales son: cesación del trabajo, inacción o total omisión de la actividad; diversión u ocupación reposada, especialmente en obras de ingenio, porque éstas se toman regularmente por descanso de otras tareas; conjunto de actividades, productivas o no, realizadas fuera del trabajo remunerado o no relacionadas con él; obras de ingenio que uno forma en los ratos que le dejan libres sus ocupaciones principales. Dentro de la economía contemporánea se ve el ocio como dentro del tiempo activo, pero donde la actividad es libre. Podemos observar que anteriormente, el ocio era visto como la inactividad, incluso como la actividad literaria y el no trabajar para el Estado, lo cual se conecta directamente a la idea que quien era considerado ocioso, no le ofrecía nada a la institución y a los establecimientos que regulaban el orden social. De esta manera, locos

⁴⁴ Ibid. Pág. 56.

y vagabundos (los considerados ociosos) eran puestos a trabajar y producir para un establecimiento social en las llamadas Workhouses.

*Nunca está el sabio más activo que cuando contempla las cosas divinas y humanas. A las puertas de tu retiro no pongas rótulo de filósofo; pon otro nombre a tu determinación; llámala salud precaria, o debilidad, o desidia*⁴⁵. Séneca refiriéndose al ocio, transforma dicho estado con un estado de contemplación, donde pueden surgir las mejores ideas e incluso obras literarias. No obstante, al hablar de contemplación, surge la dicotomía entre ésta y la acción, donde la contemplación viene a ser una inacción. De esta manera, se está en estado de inercia e inactividad, incluso de flojera, si es que esta contemplación no se ve como un obrar fecundo, ya sea del pensamiento o de la imaginación, es decir, de distinta manera del obrar fecundo por medio de la acción. Estar en un estado de ocio sería lo opuesto a un estado de acción. Y para la Época Clásica, el ocio era desidia, no productividad, siendo la productividad un elemento importante en el movimiento de su economía, vida institucional, política y social. Por lo tanto, a los ociosos se debía hacerlos trabajar, hacerlos activos. No obstante, aquí hay una reducción de la acción sólo al movimiento institucional y económico, y se ve la vieja relación de acción con política, la cual ha sido desvalorizada frente a una contemplación de tipo filosófica y del sabio, la cual no sería la contemplación del loco ni del vagabundo, por que ésta ni siquiera posee producción de ideas; ella no produce nada, por lo tanto lo más fácil es hacerla producir en un ámbito activo, a través de la activación de la economía que provocaban las Workhouses. Pues este ocio inactivo es peligroso, pues posee la potencialidad de ser activo, pero no en el sentido de una actividad para trabajar y producir, sino para crear ideas, que nacen desde uno mismo, con plena autonomía, ya que de la observación que conlleva el ocio hay un paso para poner en acción lo que pensamos en dicho ocio. Y esas ideas autónomas, no son convenientes a una estructura hegemónica como la de aquella época. El peligro está en ver que un momento de ocio contemplativo nos puede potenciar a actuar aquello que pensamos por nosotros mismos. Al escindir la contemplación de la acción, sin relacionarlas, la acción pasa a ser una actividad que seguimos sin iniciativa propia, heterónomamente, accionando según cánones impuestos. Por ello, el espacio para uno mismo, como sería el ocio al ligarlo a una experiencia de acción desde uno resulta peligroso para la estabilidad de alguna institución. Y así, las figuras ociosas, como el loco y el vagabundo, son recluidos durante la Época Clásica.

Aristóteles divide la vida (*bioi*) en tres formas, las cuales tienen en común lo bello, por lo tanto ese común ni es útil ni necesario, sino que es libre. Estas tres formas son: el hedonismo (disfrute de los placeres), donde se consume lo bello; la política (vida dedicada a la polis), donde se produce lo bello; y la filosofía (contemplar las cosas eternas), donde se contempla lo bello. La vita activa se vincula a la política y la vita contemplativa se vincula a la filosofía.

La palabra griega *skhole*, al igual que la palabra latina *otium*, significa primordialmente libre de actividad política y no sólo tiempo de ocio, si bien ambas palabras se emplean también para indicar libertad de labor y necesidades de la vida⁴⁶.

⁴⁵ Cf. Séneca. "Obras Completas", "Carta LXVIII: Del ocio fecundo". Pág. 563.

Durante la Antigüedad se originó una filosofía *apolitia*, donde hay un cese de actividad política, es decir, *skhole*, la cual se traduce por *quietud* y que sería el equivalente a *otium*, *ocio*, lo cual conformarían la vida contemplativa (teoría), donde no se estaría bajo coacción ni sometido a las necesidades de la vida. Por otro lado, estaría la vida activa (praxis), donde concurre la política, es decir, la *askholia*, que se traduciría por *inquietud*, la cual nos da la posibilidad de movimiento y nacimiento de nuevas ideas puestas en práctica.

Durante la Edad Media, ensalzando la filosofía *apolitia*, la vida activa queda en un segundo plano en relación a la vida contemplativa. La vida activa como política, pasa a ocuparse de lo útil y de lo necesario, que desde Aristóteles era visto como una categoría inferior; la política ya no se preocupa de la producción de lo bello. La diferencia del *bios politikos* aristotélico con el medieval, radica en que el primero es sobre asuntos humanos donde se acentúa la acción, la praxis, en cambio el segundo, acentúa los temas divinos.

Durante la Época Clásica, según la lectura foucaultiana, se comienzan a desarrollar nuevas teorías de producción y de economía, aparte del régimen absolutista de las monarquías. Es importante recalcar que, principalmente en países anglosajones, la religión vinculada al protestantismo enfatiza una economía de ahorro y de producción, por lo tanto podemos ver que aquí una vida activa está relacionada directamente a la producción de útiles necesarios, y donde la política toma una mayor importancia que en la Edad Media al vincularse a la producción y a la economía que mantiene el poder institucional, por lo tanto, quienes no se adaptaran a este ritmo eran relegados o recluidos para trabajar. Así sucede con locos y vagabundos en las Workhouses. Éstos eran considerados ociosos.

El ocio ha sido considerado como un estado de inactividad, quedando al lado de la contemplación y transformándose casi en un opuesto de acción. No obstante, si decimos que el ocio es un momento de recreación, donde podemos desplegar nuestras facultades, un momento para nosotros mismos, donde podemos ejercer autonomía, no parece que sea algo inactivo, sino lo contrario: la potencialidad de activarnos, como un espacio de reposo para elucubrar las ideas para luego ponerlas en marcha y acción; en ese sentido, como momento donde nos sentamos a pensar, se le puede llamar ocio, que luego da lugar a la acción propiamente tal. Y parece estar quieto porque no nos movemos físicamente, sin embargo el pensamiento se mueve inquietamente para salir del ocio y llevarnos a la acción. Sin embargo, en la Época Clásica no se visualiza la acción como una actividad que se da entre seres humanos sin mediación de cosas, como diría Hannah Arendt, sino que ella simplemente no es vista, sólo se enfatiza el trabajo y su producción. Según Hannah Arendt, el trabajo corresponde a lo no natural de la existencia humana, pues no se relaciona al ciclo vital natural que se ve en la labor, ya que ésta última se relaciona con las necesidades. El trabajo proporciona un mundo artificial de cosas, que alberga a individuos y sus vidas propias y privadas, aunque los artificios pretendan trascender a estas vidas particulares. Por lo tanto, podemos decir que, la vida activa durante la Época Clásica apunta a una política que desarrolla el trabajo, para fortalecer las vidas privadas de las personas y que no es una vida activa que apunta a la acción

⁴⁶ Cf. Arnedt, Hannah. "La condición humana", notas cap. 1. Pág. 35.

propriadamente tal, donde hay una relación desde el individuo hacia una vida pública, la cual era una pretensión aristotélica. El loco no cabría dentro de esa vida activa de trabajo, pues está en inactividad, en eterno ocio, por eso es puesto a trabajar dentro de las Workhouses. Podemos decir que si el loco es ocioso, no es que vaya en contra de la actividad de la acción, la cual va en sintonía con la vida política original, sino que va en contra de la actividad del trabajo. Y podemos agregar que si el loco es ocioso y está en un estado de elucubramiento de una idea, sería potencialmente activo, ya que al pensar puede poner su pensamiento en marcha, lo cual a un orden social, como el de la Época Clásica puede parecer peligroso; y es más peligroso aun si esas ideas son nacidas desde él mismo, autónomamente y no bajo los moldes de una episteme establecida, es decir, de manera heterónoma, lo cual es probable en el loco, ya que éste se caracteriza por desencajarse de la episteme en que le tocó nacer.

En conclusión, el ocio puede ser visto de dos maneras: una como un estado que potencialmente lleva a la acción y otra, como un estado de total inactividad que lleva a la enajenación. De esta última, los neoclasicistas se apoyan para hacer trabajar a los ociosos y por consiguiente producir. Hay que tomar en cuenta que, ambas visiones desobedecen al orden y a las costumbres regentes, es decir, no calzan con la moralidad y eticidad de la época, es decir a su norma o a lo considerado normal, o más bien como se diría en aquella época, lo considerado razonable o propio de la razón.

* * *

Los conceptos fundamentales considerados para el establecimiento y delineamiento de la locura en la sociedad que hemos tratado como tema fundamental en este capítulo, es decir, la anormalidad y la normalidad, delimitados por la concepción que posea una episteme sobre la alienación y siendo lo anormal el campo propio de la locura, ha dependido de los factores morales que caracterizan a una época o episteme, desprendiéndose así, una historicidad en los criterios de delineamiento entre locura y cordura, que a su vez se determinan por una dicha moralidad que cambia a través de los años. Tal delineamiento entre locura y cordura, en nuestros días se divide por los conceptos que se tienen de normalidad y anormalidad, los cuales se conforman por una historicidad que trae elementos morales determinantes; en otras épocas los conceptos no se han llamado anormal y normal, sino, por ejemplo, sin razón y razón, no obstante, todos estos conceptos o categorías obedecen a la división y límites que se establecen entre locura y cordura. Tales límites y divisiones aparecerían por una idea de controlar y ordenar una sociedad, y quienes se salgan de ese orden serán excluidos, pues interrumpen dicho orden. Por lo tanto serán controlados por distintos mecanismos de poder que mantienen ese orden social, tales como el encierro (mencionado en el capítulo 1) y el manejo del discurso y la palabra (mencionado en este capítulo como una de las ideas centrales).

La anormalidad de la que hablamos se presenta en tres figuras llamadas anormales, las cuales son el monstruo humano, el individuo a corregir y el onanista (masturbador), los cuales serán las figuras analizadas en el capítulo a seguir, junto a otras figuras que se relacionan con éstas y son nombradas en la historia de la locura. Si bien, algunas de ellas durante una época fueron aceptadas, en otras fueron rechazadas, llevándolas a los márgenes de la aceptabilidad, como es el caso de la figura del caballero; o bien, otros

que durante cierto periodo fueron mirados de una determinada perspectiva, con el cambio de la episteme, la perspectiva fue trasladada a otros ámbitos, como es el caso del poseído. Tales figuras serán profundizadas a continuación.

Capítulo 3: Figuras: la locura personificada

El siguiente capítulo tiene por objetivo la muestra de figuras consideradas formas de locura. No obstante, dichas figuras sufrirán cambios en su concepción con el transcurso histórico y la concepción humana de cada época, determinada por cierto suelo mudo o episteme. Las figuras propias de la anormalidad tomadas por Foucault y que serán tratadas aquí, serían: el monstruo humano, el individuo a corregir y el onanista. Las figuras que Foucault expone como anormales, constituyen un fenómeno que está íntimamente relacionado con todo un conjunto de instituciones de control, con toda una serie de mecanismos de vigilancia y de distribución del orden ⁴⁷. Estas figuras no se confunden entre sí, pues cada una de ellas tienen fuentes científicas de referencia autónomas.

Otras figuras que se han incluido, puesto que han aparecido en la historia de la locura con sus cambios propios son: el mago (considerado también hechicero, brujo, chamán, astrólogo y alquimista), el bufón, el caballero (personificado en Don Quijote), el santo (como místico o asceta), el poseído o endemoniado y también el poeta o artista, del cual haremos las referencias precisas acerca de su diferencia con el loco, aunque en algunas ocasiones sean tomados como tales. Todas estas figuras poseen características en común y se interrelacionan, a veces confundiéndose por sus similitudes, no sólo como

⁴⁷ Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág. 83.

lo que eran considerados, sino también en aspecto físico (monstruo y bufón) como en actitudes (brujo con poseído). Este último es el caso del mago (que es equivalente en significado con hechicero y brujo) con el chamán, el astrólogo y alquimista, que a pesar de ser distintos, muchas veces uno de ellos cumplía todas aquellas funciones (mago, chamán, astrólogo y alquimista) y también otras (médico, juez y sacerdote de una comunidad), por lo que no fue posibles separarlos como se realiza entre el poseído y el santo. He aquí el siguiente análisis de tales figuras.

* * *

El monstruo

La palabra monstruo proviene del latín *monstrum* que se traduce por prodigio, maravilla, cosa increíble. Es preciso decir que la palabra *monstrum* posee la misma raíz de la palabra latina *monstrare*, que es traducido por mostrar, indicar, señalar; enseñar; expresar, designar; determinar, ordenar; aconsejar. En este punto podemos aseverar que el monstruo o la figura maravillosa es un fenómeno que es señalado por su maravilla y su aspecto distinto a lo normal y lo común. Del monstruo que aludimos aquí, su maravilla trata en su forma de ser anómala y anormal, que encierra todo lo prohibido y tachado por la moral humana; por ejemplo, un delincuente cruel que cae en las más terribles aberraciones humanas, es decir, aquel que explícita todo aquello que se nos ha prohibido y ha quedado como la máxima infracción, aquel que se compara con un monstruo o una bestia humana como un ogro, que también por su apariencia física extraña, que nos mostraba lo más desagradable que podríamos ver en la creación, era considerado malvado por su ser anormal. Este monstruo, llevaría esa impresión desagradable tanto por sus actos ejecutados como algunos por su apariencia, cuyo marco de referencia es la naturaleza y la sociedad: naturaleza, pues el monstruo es contranatura, tanto en el aspecto biológico como social.

Foucault nos dice que la noción del monstruo (que el autor llama monstruo humano) es esencialmente jurídica en un amplio término, pues el monstruo no estaría tan sólo dentro del marco de la violación de las leyes de la sociedad, sino también en la violación de las leyes de la naturaleza (es la forma natural de la contranaturalidad⁴⁸). Así, se le enmarca en un dominio *jurídico biológico*⁴⁹. El monstruo combinaría lo imposible y lo prohibido; sólo se encuentra en casos extremos y límites. El ser humano normal con el tiempo también tomaría características del monstruo, el cual es la infracción a la ley llevada a su máximo.

Durante la Edad Media el monstruo se ve reflejado en la figura de un ser mitad humano mitad bestia; durante el Renacimiento es una figura de individualidades dobles; y durante la Época Clásica (siglos XVII y XVIII) se ve representado en el hermafrodita.

⁴⁸ Cf. Michel Foucault. "Los anormales". Pág. 62.

⁴⁹ Ibid. Pág. 61.

Éstas constituirían figuras arquetípicas que se enmarcan en la doble infracción, o sea en la infracción jurídica biológica (tanto a leyes sociales como a las leyes de la naturaleza).

El monstruo representa una de las figuras de la anomalía, de lo distinto enmarcado por la anormalidad. El monstruo como anomalía se afirma como tal, en él se explican todas las desviaciones que se derivan de él, siendo él ininteligible. Éstas serían las propiedades del monstruo. Así, como nos dice Foucault, lo que se encuentra en la anomalía es que dentro de ella se remite a sí mismo, es decir, a eso mismo anómalo: la inteligibilidad tautológica⁵⁰.

La anomalía como lo distinto enmarcado dentro de la anormalidad y lo que corresponde a ella dentro de la alienación, se muestra tanto en la figura del monstruo, como en la del individuo a corregir y onanista. El anormal del siglo XIX desciende de dichas figuras.

El monstruo hoy en día, tal vez lo podríamos ver como el enfermo patológico, que delinque y que no siempre es tratado, en un sentido de acto monstruoso y no como figura física monstruosa; o también como aquella figura grotesca de circo, que siempre fue considerada como tal, como un bufón que hace reír por sus deformaciones físicas y que, no obstante, tan sólo posee anomalías biológicas y del cual nos preguntamos cómo será su vida fuera del espectáculo, así como un hombre elefante.

Resumiendo, podemos decir que el monstruo se puede mostrar de dos modos: como aquella figura "rara" en su naturaleza física y como aquel individuo que comete actos "monstruosos", de donde desciende la noción de individuo "peligroso" (mencionada en el capítulo anterior dentro de los conceptos de normal y anormal) a la que le es imposible conferir un significado médico o un estatuto jurídico y que constituye, sin embargo, la noción fundamental de los exámenes periciales contemporáneos⁵¹.

El individuo a corregir

Esta figura es más reciente que el monstruo y una de sus manifestaciones es el individuo "peligroso". En dicha manifestación encuentra su relación con el monstruo a causa de los actos "monstruosos" que puede acometer el individuo a corregir, sin embargo no se confunden en sus registros científicos, pues cada uno de ellos se especifican bien por sus características, pues, por ejemplo, el monstruo siempre conllevará las anomalías físicas.

Esta figura está conectada directamente al aspecto jurídico y de ley social, enmarcándose también como un individuo que no cumpliría las normas morales establecidas para el orden de una sociedad.

Estos individuos son llamados también "incorregibles" término que es puesto en escena en las prácticas de disciplina que tienen lugar en occidente durante la Época

⁵⁰ Ibid. Pág. 63.

⁵¹ Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág. 85.

Clásica (siglos XVII y XVIII), en instituciones como colegios, el ejército, talleres e incluso en las propias familias.

El individuo a corregir como figura que nace durante la Época Clásica es aquel que se escapa a la normatividad de la época y que no se subordina a los nuevos adiestramientos del cuerpo, del comportamiento, de las aptitudes que aparecen durante este periodo.

Tal individuo como parte del aspecto jurídico, era declarado interdicto al ser considerado incapacitado dentro de la norma social. Así, la interdicción para el individuo peligroso era la medida judicial por la cual el individuo era al menos descalificado en tanto que sujeto de derecho. Dicho marco, acompañado de una serie de técnicas y procedimientos, sería aplicado a aquellos que se resisten a ser educados dentro de las normas y a aquellos que se denominan como "incoregibles". El encierro practicado durante la Época Clásica era el acto intermedio entre declarar a alguien interdicto y su corrección, pues una vez declarados como tales eran encerrados para ser "recuperados" a la sociedad clásica mediante la corrección del encierro. Si bien el encierro pudo haber apelado a una corrección, más que eso fue un lugar de vigilancia a aquello que desordena lo establecido, pues nunca apareció como una institución para despertar los "buenos sentimientos"⁵², para corregir mejorando y provocando el arrepentimiento. Podemos decir que no era un correccionario moral, tan sólo un enclaustramiento de aquello que podía desordenar tal establecimiento moral.

Con el establecimiento del encierro para el individuo a corregir y el resto de las figuras anormales para una episteme, Foucault nos dice que se produce una formación técnico-institucional para la ceguera, la sordomudez, de los imbéciles, de los retrasados, de los nerviosos, de los desequilibrados, donde ellos están inmersos dentro del margen social mediante la institución del encierro, para así no escapar al orden de la Época Clásica, donde nada debía quedar excluido, lo que no significa que todo fuese aceptado como tal.

El onanista

Es una figura surgida durante el siglo XVIII donde se producen nuevos cambios en el ámbito institucional y como ciencia en la medicina, por lo que surgen nuevas conexiones en la familia, lugar donde se concentraba anteriormente el espacio para la medicina. Al cambiar la familia, cambia su organización, por tanto también cambian las conexiones de la sexualidad, sobretodo del niño y su posición dentro de ella, pues hay un surgimiento del cuerpo sexual del niño. Junto a ello, surgen una serie de restricciones consideradas pecados, respecto al deseo sexual, ocurriendo un control de la "carne". Así, se introduce el tema de la masturbación u onanismo, pasando a ser un tema de preocupación, el cual debía ser corregido y controlado (campañas antimasturbatorias), dentro de la familia y especialmente en el niño. Tal vez, el onanismo pasaría a ser un tema preocupante en la

⁵² Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág.86.

familia, ya que en un sentido estricto, el onanismo se refiere a la práctica del *coitus interruptus* como medio para evitar la fecundación y de este modo la prolongación de la familia, como lo hubo hecho Onán en el Antiguo Testamento, por lo cual fue castigado con la muerte por Yahvé.

Otra de las razones posibles para la campaña antimasturbatoria es un proceso de represión provocado por los nuevos procesos de industrialización emergentes durante la Época Clásica, donde se pone el cuerpo productivo contra el cuerpo del placer.

Esta campaña fue dirigida principalmente a niños y adolescentes de familias acomodadas. Así, el tema de la masturbación comienza a ser visto desde la mirada médica e institucional como algo patológico y anormal, algo fuera de la moral médica.

No obstante si los niños cometen este tipo de "abusos" con su cuerpo sexual, aunque tuviesen la propia responsabilidad sobre ellos, los culpables directos no son precisamente tales niños, sino sus padres por falta de control, vigilancia, negligencia y sobretodo falta de interés en sus hijos. Esto último conlleva a ponerlos bajo el cuidado de nodrizas, criados y preceptores, quienes fueron intermediarios que serán denunciados como los iniciadores del desenfreno.

Mediante la campaña antimasturbatoria desembocan nuevas economías en las relaciones intrafamiliares, como lo son la distinción tácita entre los roles de madre, padre e hijo o hija e inversión de las obligaciones, pues anteriormente iban dirigidas desde los hijos a los padres; ahora irían dirigidas desde los padres a los hijos, convirtiéndose los primeros en centros controladores y vigilantes, que cuidan el cuerpo sexual del hijo(a). Esto último influye en el nuevo cuerpo que toma la medicina dentro de la familia, como también un mecanismo de vigilancia. Así, la familia se restringe como nuevo aspecto de saber y de poder.

El bufón

El bufón es definido como un personaje deforme y ridículo que en las cortes europeas de la Edad Media y comienzos de la Moderna servía para divertir a la gente con sus ocurrencias grotescas. Por su deformidad y apariencia lo podemos vincular al monstruo.

El objetivo del bufón principalmente era divertir y hacer reír, a través de su deformidades físicas, su aparente imbecilidad y su actitud saltimbanqui. Todo ello estaba decorado por una vestimenta llamativa en colores y sonidos, que acompañaban al bufón. A diferencia del poeta, que será expuesto más tarde, el bufón no era coherente en sus haceres. El poeta, durante la Edad Media se presentaba como trovador o juglar; en el caso del juglar, éste no era creador y hacía reír como el bufón, no obstante la diferencia entre ellos radicaba en que el bufón hacía reír por sí mismo, por su aspecto y sus deformidades; el juglar hacía reír por lo que relataba, como también narraba las obras de los trovadores.

Al igual que el monstruo ésta es una figura señalada, ya por su aspecto físico y por la llamatividad de sus atuendos; él era marcado por cascabeles y sonidos que lo

identificaban del resto de la gente y era exhibido tal como lo eran los insensatos, pues era una figura de ellos.

Así como los poetas, muchas veces deambulaban de corte en corte. No obstante, por ser estigmatizados como idiotas, ya sea por su vestimenta y su apariencia física, parecían deambular sin rumbo, como los locos a la deriva de la *Stultifera Navis*. Y así como dice, la etimología de la palabra *stultifera*, ellos eran considerados *stulti*, estúpidos, como eran designados los locos.

Como podemos observar en la anterior ilustración, ésta es la carta de *El Loco* del juego predictivo Tarot de Marsella, utilizado durante la Edad Media. En ella se muestra a un hombre que camina sin rumbo, vagabundo errante vestido de bufón; tales características eran propias de los estúpidos y, por consiguiente, considerados locos. Era locura, pues no tenían un destino prefijado ni tampoco sabían donde se dirigían: estaban a la deriva. A su vez, un animal, que no se sabe si es un perro o un gato lo molesta, como una especie de conciencia o mundo que lo rodea. Es llamativo, es decir, es señalado como el monstruo y además posee unos cascabeles en su gorro y cuello que lo delatan y lo molestan constantemente; posteriormente, aquellos cascabeles serán interpretados como el abrumamiento y la confusión mental que acompañaría contantemente a la locura, personificado en el bufón.



En resumen podemos decir que en la figura del bufón convergen características del monstruo (deformidades) y del poeta (juglar comediante). Hoy en día, vemos su arquetipo

reflejado en el payaso y el arte circense, del cual la risa emerge por las ridiculeces, llamadas *estupideces* (stultus = estúpido), que comete.

El poeta y el artista

Durante la Edad Media, la figura del poeta la podemos visualizar en el juglar y trovador. El juglar, como ya habíamos hecho mención, tenía similitud al bufón, pues hacía reír; no obstante, no tan sólo hacía reír, sino también relataba obras de trovadores. La gran diferencia entre ellos es que el bufón hacía reír por él mismo, sus deformaciones físicas y modo de ser; el juglar, era jocosos por lo que decía y actuaba. No obstante, la risa y la comedia, con su jocosidad era para las llamadas mentes estúpidas, es decir, como eran considerados los locos en aquel entonces.

Usualmente se ha considerado al poeta y al artista como figuras propias de la locura, porque con su lenguaje propio escapan a lo acostumbrado dentro de una episteme. No obstante existe una distinción: el homosemantismo⁵³ propio del loco se opone a lo alegórico propio del poeta. El homosemantismo se refiere a la semejanza; el loco señala el límite de la configuración aludiendo a lo contrario. Todo lo relaciona; no ve las diferencias entre las epistemes, aunque las formas de la locura vayan cambiando también con las diferentes épocas y sus suelos mudos. (...) *El loco asegura la función del homosemantismo: junta todos los signos y los llena de una semejanza que no para de proliferar*⁵⁴. En cambio el poeta escucha la semejanza y la alegoriza, la relaciona, la hace análoga a otra cosa y esta otra cosa es propia de la episteme de lo Mismo, a diferencia del loco que no relaciona lo Otro a la episteme establecida, con lo cual a veces parece subversivo, pues saca del mundo constituido, es decir, lo enreda y muestra cosas distintas, que a veces no se quieren ver o dejando patente la autonomía propia de él en el actuar. El lenguaje del poeta va cambiando con las vanguardias y su alegoría se parece a las cosas propias de una episteme, por ello es propio del espacio de lo Mismo. El poeta a diferencia del loco *asegura la función inversa; tiene el papel alegórico; bajo el lenguaje de los signos y bajo el juego de distinciones bien recortadas, trata de oír el "otro lenguaje", sin palabras ni discursos, de la semejanza. El poeta hace llegar la similitud hasta los signos que hablan de ella, el loco carga todos los signos con una semejanza que acaba por borrarlos.*

Resumiendo, dentro de cierta época, de su suelo mudo o episteme, el loco no es consciente entre lo Mismo y lo Otro (lo Mismo como lo propio al suelo mudo; lo Otro como lo que quedó fuera de este suelo), siendo parte de lo Otro, pues él con su lenguaje y su discurso trae signos que ya no son propios de una época y los expresa de un modo distinto a dicha época, es decir, desde lo Otro, quedando todo con los mismos significados, sin hacer distinción, por eso que de ahí viene su homosemantismo. De este

⁵³ Homosemantismo: mismo significado del contenido.

⁵⁴ Cf. Michel Foucault. "Las palabras y las cosas". Pág. 56.

modo el loco es relegado, ya que con ello muestra lo que no se quiere ver, como por ejemplo, aquella autonomía que nos es propia, pero que no la adoptamos, para seguir los cánones de un orden social que va de acuerdo a una episteme.

El poeta y el artista, al igual que el loco, son figuras de los márgenes de la episteme, pues traen desde el pasado aquello Otro. No obstante ellos, a diferencia del mencionado loco, son conscientes de la diferencia entre lo Mismo y lo Otro, por lo que eso Otro es traído desde el pasado traducido al lenguaje de lo Mismo, ocurriendo la alegoría y su semejanza. *Así, los dos -uno en el borde exterior de nuestra cultura [desde lo Otro, el loco] y el otro en lo más cercano de sus parte esenciales [desde lo Mismo, el poeta y el artista]- están en una "situación límite" -postura marginal y silueta profundamente arcaica- en la que sus palabras encuentran incesantemente su poder de extrañeza y el recurso de impugnación. Entre ellos se ha abierto el espacio de un saber en el que, por una ruptura esencial en el mundo occidental, no se tratará ya de similitudes, sino de identidades [que son más cercanas al poeta y al artista] y diferencias [que son más cercanas al loco, por su mundo "disfuncional" para una episteme]*⁵⁵.

Don Quijote y el caballero

Entre el mundo de lo Otro y de lo Mismo, el loco se encuentra en lo Otro. Es ahí donde pertenece Don Quijote, pues el trae una episteme a otra, cuyos signos no son traducidos a la nueva época, ya no son vigentes, quedando intactos y haciéndose semejantes a lo que impera, sin embargo no son entendidos, pues vienen de otro suelo mudo y sin traducción propio para el nuevo suelo mudo que acontece. Es así como el Quijote es equiparado al loco.

Pero ¿cuáles son los signos propios de la anterior episteme que trae Don Quijote, quedando éste como una figura anacrónica? Son los signos de la caballería. El Quijote tras su lectura de libros de caballería, interpreta a ésta como verdadera, siendo la caballería un estilo de vida ya pasado y ya no propio del suelo mudo que le toca vivir, por lo cual es ridiculizado y es considerado loco.

El Quijote es una figura de transición entre el Renacimiento y la Época Clásica. Él hereda del Renacimiento los escritos sobre la caballería de la Edad Media, como símbolos de valor y virtud, de justicia y equidad, convirtiéndose en el héroe para los más desvalidos. Sin embargo, como un hombre que vive en una incipiente Época Clásica es una amenaza para el nuevo orden social que nace y que trata de tener todo bajo control. El Quijote no puede actuar de ese modo anacrónico. Es una locura, por lo que debe ser mantenido en el interior de sus aposentos, no leer más aquellas novelas de caballería que le llenan la cabeza de insensatez y, por lo tanto, ser recluido, para mantenerlo bajo control. Don Quijote al traer una episteme sin traducirla a su propia época no es comprendido y, por tanto, no le resultan sus acciones del modo más heroico, pues su entorno se ve como un impedimento a ello.

⁵⁵ Ibid. Pág. 56.

La figura del caballero medieval llevada por el Quijote a los nuevos tiempos, entonces parece ridícula y caduca, siendo en una época, sin embargo, totalmente válida y paradigma de comportamiento moral. De este modo, la ridiculez que trae a este nuevo tiempo (Época Clásica) se convierte en ridiculez absurda, en insensatez, en actos dignos de un loco, que por ser considerados disparates y disvariaciones resultan irrisorios.

Cervantes como autor del Quijote, se convierte en un poeta que alegoriza sobre una época pasada, mediante un personaje que utiliza una homosemantización de las distintas épocas, siendo considerado loco y disparatado, quedando invalidado y en su marginalidad.

De este modo, Don Quijote pasa a ser un héroe por sus acciones e intenciones, a pesar de todo su anacronismo. Es así como es considerado un héroe de lo Mismo⁵⁶ del Renacimiento. Pero él no pertenece a ese Mismo, sino que es parte de otro Mismo (Época Clásica) que considera al Renacimiento como parte de un Otro, por lo tanto, Don Quijote queda como un loco, pues él asemeja todos los signos de las distintas epistemes, *él mismo es semejanza de los signos (...) pertenece a la escritura errante por el mundo entre la semejanza de las cosas*⁵⁷, quedando parte de otro (Renacimiento), por lo tanto, se convertiría en el héroe de eso Otro.

Es así, como muchos consideran a Don Quijote el modelo de la figura del loco, proveniente de un Otro intraducible que sería la figura del caballero en una época donde ya está obsoleto: la Época Clásica.

Brujas, hechiceros, magos, chamanes, astrólogos y alquimistas

Considerados en los tiempos más antiguos de la civilización como jueces, médicos y sacerdotes en un solo cuerpo, cambiando la episteme serán juzgados, declarándolos alienados por estos mismos jueces, sacerdotes y médicos, ahora separados en distintos cuerpos y que serían las profesiones sustentadoras de un orden social, una vez que dichas ocupaciones fueron separadas y ya no se concentraban en la figura del brujo(a) o el mago.

Con la introducción del cristianismo, estas figuras fueron asociadas al paganismo y por tanto, vinculadas a la figura de satán, relacionándolas con los poseídos. En los casos del alquimista y del astrólogo, con el establecimiento de la ciencia moderna, sus prácticas fueron consideradas cada vez más inválidas para ella y al estar vinculados a actos de magia, la cual fue invalidada por los criterios científicos y religiosos de la nueva episteme, comenzaron a ser considerados como alienados y sin razón para el nuevo orden (recordemos que la ciencia establecida dentro de esta época, tratará de estar acorde a la

⁵⁶ Cf. Michel Foucault. "las palabras y las cosas". Pág. 53.

⁵⁷ Ibid. Pág. 53.

religión y no ser subversiva frente a las creencias). Aunque en un principio, la alquimia y la astrología no son lo mismo que la magia, ambas fueron consideradas como tales a partir de la Época Clásica, ya que se vieron desacreditadas por no corresponder al lenguaje exacto de las ciencias emergentes durante aquella época; además, la alquimia era vista como la preparación de brebajes mágicos y la astrología tan sólo como una predicción del futuro en un aspecto inverosímil y mágico.

Si bien durante la Edad Media, la figura del Mago se podía encontrar en religiones paganas y la magia era considerada un acto de fe en algunas zonas de la Europa de aquella época, la religión cristiana, así como también durante la Época Clásica, muchas veces lo relacionó con la figura del endemoniado o poseído, pues a aquellos se les buscaba en el cuerpo un *signum diaboli*, que hoy en día la ciencia lo ha considerado como signos corporales causados por estados histéricos, como lo sería también para el santo y sus estigmas.

La concepción del brujo como poseído se mantuvo durante el siglo XVI. La mirada médica de ese entonces no veía al brujo como quien alucinaba figuras diabólicas, sino que dichas figuras actuaban sobre su cuerpo (de ahí, la palabra poseído) (la alucinación será una consideración epistémica de la medicina de nuestro tiempo). Quienes eran más susceptibles a ser poseídos eran los sujetos considerados más frágiles, como los ignorantes, las doncellas, las viejas cascarrabias⁵⁸. Durante dicho siglo, el poseído, más que ser declarado como ser un sujeto de actos de malicia propias de un delincuente, se apelaba a actos cometidos sin razón y bajo el influjo de espíritus foráneos a su alma. De este modo se le va asociando a la locura, la cual resultaba ser una posibilidad para enderezar el espíritu y el camino del individuo poseído, por tener un carácter débil. Así, la impiedad como también la pobreza serán comenzadas a igualar a la locura, ya que al ser agentes externos que atacan a un sujeto, éste podría ser salvado como el loco sería salvado en el internamiento, pues la locura, como en el caso del poseído, también tiene su origen en algo exterior al individuo. En el internamiento, sin embargo, sabemos que el principal objetivo no será la salvación, aunque pueda predicar tal propósito, sino que será un encierro punitivo para mantener un orden establecido, que en este caso, sería roto por los actos llamados paganos de brujas, hechiceros, magos, chamanes, astrólogos y alquimistas. De este modo, tales figuras, especialmente el astrólogo, el alquimista y el mago, que pasaban sin alboroto durante el Renacimiento y que especialmente el alquimista y el astrólogo eran validados en su quehacer, serán desprestigiados y encerrados durante la Época Clásica por ir contra el orden.

Como hemos mencionado, la magia, con la entrada del cristianismo, se consideró brujería y acto del diablo, por estar relacionado a actos paganos; no obstante, durante la Edad Media y el Renacimiento existieron grupos que sus prácticas no las prohibieron del todo, ya que su episteme se apoyaba en creencias como tales (por ejemplo, la predicción del futuro), puesto que aún quedaban vestigios de un sincretismo entre las religiones paganas y la cristiana. Con la llegada de la Época Clásica y el desarrollo de las ciencias, la magia pierde su importancia de credibilidad, pasando a ser una simple superstición, así como fue la alquimia, que más tarde será reconocida como predecesora de las ciencias

⁵⁸ Cf. Michel Foucault. "La vida de los hombres infames". Pág. 28.

químicas y la astrología, que desvinculándose de la astronomía, hoy en día se rescata en relación al autoconocimiento y la psicología.

En distintas culturas se consideraría mago a aquellos individuos que posean virtudes de inteligencia, oratoria (por ejemplo, capacidades poéticas) que resalten con respecto a la comunidad en que viven, pues éstas serían manifestaciones de su magia. Así también se distinguen como magos, aquellos sujetos con cualidades físicas diferentes (para otras culturas y épocas pueden ser considerados monstruos), como por ejemplo el hermafroditismo; también eran considerados como tales, individuos con discapacidades físicas, como la ceguera, o también aquellos individuos que hoy en día son considerados con enfermedades neurológicas, incluso mentales (psicóticos, histéricos) fueron considerados magos, puesto que todas estas características eran manifestaciones de su magia.

El mago, como ya habíamos hecho mención, también cumpliría roles sociales, como médico, religioso (sacerdote) y juez, cuyos roles son acreditados gracias al poder que logran sobre el resto de una comunidad al tener características sobresalientes al resto. De ahí, surgen leyendas, como diríamos hoy, de sus transformaciones en otras criaturas, especialmente en gatos como se creyó durante la Edad Media, donde dichos animales eran perseguidos para ser echados a las hogueras por brujos.

Dentro del ámbito médico, la medicina occidental, comenzándose a definir durante la Época Clásica, no aceptaría indicios de medicina mágica, practicado por chamanes, alquimistas, brujos, magos y hechiceros; ella no va acorde con el orden social de la episteme, quedando descartada por lo que es la medicina alopática, que incluso descarta prácticas homeopáticas, que tal vez se acercan a medicinas mágicas y chamánicas por su relación con la naturaleza y sus sustancias y productos sin una alta dosis de procesamiento químico.

Todas estas figuras durante la Época Clásica no cabían en el orden social de aquel tiempo, por lo que al ser rechazadas, son integradas dentro de la marginalidad del recluimiento. Ellos pasan a conformar el mundo de lo Otro, es decir, de una episteme distinta que se hace notar y es llevada hacia la episteme de lo Mismo (Época Clásica), quedando desfasada en el tiempo y el espacio. De este modo, forman parte del mundo del loco y son mimetizados con ellos a través de la reclusión del mundo clásico moderno.

Podemos ver en estas figuras, que muchas de sus prácticas pueden preceder al científico, ya sea en la combinación de sustancias en la alquimia y la preparación de pócimas medicinales o venenosas en la magia, tan sólo que su método de trabajo es distinto, pues la concepción otorgada por su suelo mudo o episteme lo determinaría así. Su forma de concepción del mundo se verá desacreditada por no tener fundamentos exactos como la ciencia que imperará durante la Época Clásica. De este modo, son descartados, rechazados, negativizados y excluidos por no seguir un modelo científico clásico, siendo incorporados en aquel orden clásico a través de la marginación del encierro. Y por ser recludos pasan a formar parte de la locura, pues al ser manifestación de un mundo Otro, como lo es la locura, son considerados parte de ella.

El poseído o endemoniado

El comportamiento anormal antiguamente estaba relacionado a lo que hoy en día llamamos supersticiones, que antiguamente se relacionaban con espíritus que se apoderaban de los cuerpos, generalmente asociados a la figura de algún demonio (*daimon* = demonio, espíritu), que para la religión cristiana se vinculaba a satán, es decir, el demonio o Diablo, ángel pecador. El poseído o endemoniado, tal como lo dicen sus adjetivos, se refiere a que un demonio ha *poseído* el espíritu de un cuerpo; de ahí también *endemoniado*: con el demonio en el cuerpo y, por tanto, en el espíritu.

Desde la Antigüedad hasta la Época Clásica se ha percibido al loco como poseído, ya que se dice que lo habita una potestad extraña, algunas veces maléfica (como el Diablo para el pensamiento cristiano), que lo transforma en "otro". Y tal vez considerado maléfico, pues demostraba verdades ocultas y prohibidas que no se querían aceptar. El siglo XVIII rompe con la visión sobrenatural de la locura, llevándola un ámbito médico nuevo.

Dentro de las concepciones primitivas la locura era una categoría de lo sacro (de ahí también su relación con la santidad y el santo), lo cual podía ser religioso o demoníaco. Por ejemplo, en el Nuevo Testamento, la locura es considerada como una posesión de los malos espíritus a los que hay que desalojar del cuerpo del enfermo para curarle (exorcismos). Podemos visualizar la cercanía y la importancia de la locura con la religión y con lo sacro, tanto en las figuras santas como en las endemoniadas o poseídas y también su importancia como figuras que no obedecían los valores morales de la religión (el endemoniado) o como aquellos que poseían una vida ejemplar y un contacto directo con la divinidad (el santo). Sin embargo, ambos salen fuera de la norma, pues uno no acata las reglas religiosas (poseído) y otro puede conectarse directamente con la divinidad (santo).

El poseído siempre se ha vinculado a los estados de furor o extrema ira, también asociados a la locura, como también a los actos malos, tachados por cierta moral. En relación al endemoniado, a éste se lo define como aquel poseído por el demonio, como a alguien sumamente perverso, malo y nocivo, así como sería la figura de satán.

Muchos de los mecanismos de tratamiento para estos anormales, es decir, los poseídos o endemoniados, consistían en métodos de tortura: baños con agua caliente, latigazos, ayunos, etc.

El demonio es vinculado a la figura del agua y el océano, por ser éste a veces furioso por tempestades. La figura de tal demonio y el agua se han asociado a la locura y a los cambios de humor: el demonio, con la tempestad y la furia de un loco; y el agua, la humedad y el frío como tales, con humores negros como la melancolía y la tristeza del sufrir de un loco, lo que hoy se vincula a la depresión.

Hoy en día todos los humores o estados anímicos encontrados como anómalos a una estabilidad mental, como la locura, en siglos anteriores (Edad Media, Renacimiento,

Época Clásica) fueron considerados como poseídos y endemoniados, así como también a lo que hoy se consideran enfermedades neurológicas como la epilepsia. El término locura es relativamente nuevo y más aún su incorporación al saber y poder médico, pues tales endemoniados, no siempre eran vistos por instituciones médicas, sino más bien por instituciones religiosas, que manifestaban su poder y su saber sobre aquellos individuos poseídos, relegándolos al enclaustramiento como medida de orden y también exorcizándolos.

En esta figura del poseído, así como en la que viene a continuación (el santo) podemos ver como actúa la oposición sagrado y profano, que actúa como delimitación entre cordura y locura respectivamente durante la Edad Media y el Renacimiento. Lo profano se encuentra en la figura del demonio, mediante el poseído y lo sagrado se encuentra en el santo. Con ello, podemos deducir que el santo para la episteme medieval y renacentista estaba dentro de lo correcto, no obstante, con los cambios del suelo mudo, más tarde, en nuestros días se considerará como una figura anormal y patológica mental, a causa de sus características que expondremos a continuación.

Santo, místico y asceta

El místico, el asceta y el santo siempre se han vinculado a apariciones y milagros. Ellos tenían la capacidad de comunicarse, al igual que Cristo, directamente a Dios a través de voces y apariciones, y también como el hijo de Dios, muchos de ellos sufrían de sus estigmas.

La palabra místico proviene del griego y significa algo que incluye misterio o razón oculta, relacionándose con un tipo de persona exageradamente retraída y ensimismada, que hoy se vincula a personalidades introvertidas y más propensas a la melancolía. Con el tiempo, se ha relacionado a la vida espiritual, por el requerimiento de la introspección y la búsqueda personal. Así, el misticismo se define como el estado de una persona que se dedica mucho a Dios (en el caso del Cristianismo, pues existen místicos en todas las religiones y creencias, como también en la filosofía) o a las cosas espirituales o sobrenaturales. Ella llega a ser un estado extraordinario de perfección religiosa, que consiste especialmente en cierta unión inefable del alma con Dios por el amor y que va acompañada accidentalmente de éxtasis y revelaciones (de ahí sucesos sobrenaturales como las apariciones). En el fondo es una relación directa entre la divinidad y el ser humano que implican una visión intuitiva y el mencionado éxtasis.

El místico, al no estar dentro de lo común, se le considera elegido a vivir experiencias milagrosas y sobrenaturales; milagrosas porque van vinculadas a la imagen de Dios. Y de la actitud mística se desprende la santidad, pues aquella misticidad que se relaciona a milagros que convierten a un ser humano en santo. Santo corresponde a lo sagrado y aunque anteriormente se consideraba a todos los bautizados como santos, la tradición posterior consideró como tales a aquellos de una vida ejemplar, es decir, una vida consagrada a Dios y que presenciaban actos milagrosos, a través de las mencionadas apariciones. Aunque muchos santos y místicos llevaron una vida ascética,

particularmente algunos santos no lo hicieron, no obstante para considerarlos santos debieron ser vinculados a milagros, muchos de ellos relacionados a las apariciones.

Específicamente, una vida ascética, como lo dice la etimología de la palabra griega, consiste en un ejercitar y aquel ejercicio se ratifica en un comportamiento de retiro que busca la perfección personal. Aunque muchos místicos y santos se los vincula a una vida ascética, ellos no siempre eran practicantes del ascetismo, sino más bien de un misticismo, pues buscaban una unión con Dios. De este modo, el ascetismo como práctica se vincula mayormente a las religiones orientales (budismo, hinduismo).

Viendo como cambian las percepciones en las epistemes, podemos decir que hoy en día, las interpretaciones psicológicas y psiquiátricas podrían llamar a este tipo de voces y apariciones como alucinaciones y a los estigmas como manifestaciones histéricas.

El carácter de retiro de estos personajes también ha despertado aproximaciones a la locura, al desprenderse de todo y de todos, como si les faltasen afecciones o sufrieran un aislamiento por melancolía. No obstante, cabe considerar que también es considerado como una opción de vida, tal vez más autosuficiente a la mayoría, al desprenderse de todo tipo de relación material, junto a la valentía de tomar una decisión absolutamente autónoma, sin la intervención de otro.

* * *

Todas las figuras expuestas en este capítulo, por ciertas culturas y épocas fueron consideradas como correctas y válidas, pero con los cambios provenientes de un suelo mudo, se convierten en lo contrario, siendo rechazadas o tratando de ser insertadas nuevamente a la sociedad, según lo conveniente para cada época. Sus modos de ser fueron mirados de distintas perspectivas, en unas fueron producto de encantamientos o posesión, en otras fueron considerados enfermos mentales.

Podemos decir que, a partir de la Época Clásica y con el Positivismo de los siglos XIX y XX, estas figuras fueron recluidas e internadas. Ya a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX son categorizados como enfermos, principalmente en un aspecto fisiológico. Durante el siglo XX y en nuestros días, aparte de ser considerados como enfermos mentales, también existe un ingrediente aportado por nuevos descubrimientos, como factores genéticos, mezclado con el medio que rodea a su psiquis.

Conclusión

En los tres capítulos expuestos: un recorrido por la historia de la locura, los factores de normalidad y anormalidad que son determinandos según aspectos morales y las figuras expositoras y consideradas como locos, se pudieron exponer ya muchos aspectos que podremos ver en esta conclusión que daremos a conocer a continuación.

Primeramente daremos comienzo sobre la medicina, especialmente en nuestro tema la psiquiatría. La ciencia médica, especialmente la psiquiatría no es una ciencia precisamente exacta. Ella se vincula a instituciones sociales, exigencias económicas y políticas, que la hacen susceptible de ser analizada bajo el binomio de saber-poder, es decir, pueden ser estudiadas todas sus estructuras que se vinculan a un control y orden normalizador (poder otorgado por un saber imperante de cierta episteme y que desarrollan cierto régimen de verdad -verdad-poder-). De este modo, podemos argumentar que la medicina no es una ciencia pura, sino que tiene vínculos con la economía, el poder y la sociedad con el cual determina su modo de actuar, que se deben aceptar y comprender para mejorar su desempeño, sin quedar truncado.

Foucault plantea que así como desde la antigüedad hasta el siglo XVIII se atribuyó la tarea de cuidar y salvar las almas, hoy en día, la medicina contemporánea se caracteriza por una somatocracia, es decir, un cuidado del cuerpo, donde se establecen políticas y órdenes normativos para su cuidado, lo cual influiría también en la salud mental, como un acercamiento a mente y cuerpo, a pesar de su disociación histórica. Foucault plantea cuestionarse el desarrollo de la medicina como tal a partir del Siglo XVIII, cuando ella, al salir del ámbito de la familia, se implanta dentro de mecanismos sociales y de control

individual, como institución con su propia autoridad médica de acuerdo al gobierno.

En relación a las figuras consideradas dentro de la locura por las distintas epistemes están todas relacionadas en sus manifestaciones al ser consideradas fenómenos anormales dentro de una época, así vemos la relación entre bufón y monstruo, brujo y poseído, y también santo y endemoniado o poseído, que según nuestra propia episteme o época, los veríamos según trastornos mentales como la histeria o una patología mental más severa.

Hemos visto también que todo lo exterior a la norma ética de una época es relegado al ámbito de la locura. De este modo, los dominios tabú como el de la sexualidad, profanación y libertinaje son considerados como parte de la locura y su mundo, comparando el libertinaje con la locura.

Algo importante y fundamental es hacer notar como funciona nuestro pensamiento disociado en sagrado-profano, razón-sinrazón, sensatez-insensatez, Mismo-Otro, normalidad-anormalidad, sanidad-patología o enfermedad, etc., las cuales son todas aquellas categorías que designan lo mismo en este caso: la cordura y la locura respectivamente. Su formación a través de los distintos suelos mudos o epistemes e historicidad siempre va a estar supeditada a la costumbre, moral y por consiguiente, eticidad que se tenga en ese entonces, pasando a conformar lo que son las buenas y las malas costumbres, lo correcto y lo incorrecto, lo normal y lo anormal, y quienes salgan de esa norma sentirán el peso de la culpabilidad y desembocarán seguramente en la locura. Así, existen mecanismos de control para no salirnos del orden social, el cual es el que establece el delineamiento entre locura y cordura a través de distintos conceptos que obedecen a una moralidad histórica. Y dicho delineamiento es realizado para mantener un orden y un control, ya sea a través del discurso establecido por una institución (por ejemplo, la médica en el caso de la locura).

Cuando realizamos la delimitación entre normal y anormal, es importante decir que aquello que llamamos normal es eso que sigue normas; no obstante, éstas pueden ser ideales o reales. Las normas ideales son aquellas que son construidas por el pensamiento y que no siempre se ven en la acción; ellas generalmente no son seguidas al pie de la letra, sino que más bien existen normas reales (aquellas que manifestamos en la acción), que, no obstante, se basan en aquellas normas ideales, por lo tanto, todo el mundo que sigue normas reales es considerado dentro de la normalidad, puesto que tienen su base dentro de las normas ideales. Así, el que no siga las normas ideales no es considerado anormal, sino sólo aquel que se escapa a toda norma, incluso a la ideal, viviendo en lo Otro... Aunque muchas veces es legítimo decir que todos poseemos una gota de anormalidad o de locura respecto al mundo y al pensamiento de otro sujeto. Sin embargo, parece absurda nuestra distinción entre normas ideales y reales, pues ¿por qué establecemos una idealidad que chocará con nuestra realidad y que no iremos a seguir? Tal vez es la necesidad de mantenernos bajo control, bajo un orden, para lo cual debemos seguir un modelo. No obstante, está en nuestra naturaleza humana un poco de locura y no siempre apegarnos estrictamente a las reglas, llamando incluso anormal en nuestro cotidiano vivir a aquellos que sí siguen una norma al pie de la letra.

Otro aspecto muy importante es que podemos notar que la percepción de la locura

va cambiando a través de la historia, se construye bajo un cierto suelo mudo, aunque existen autores que plantean que la proposición de que las enfermedades mentales obedecen a un plano histórico es algo aún vago, apoyándose en la idea de que la locura debe comprenderse simplemente como un apartamiento con respecto a una norma⁵⁹. Sin embargo, se ven mezclados ambos factores: la locura se aparta de la norma y a su vez esta norma va cambiando según el ordenamiento que posea cada época. De este modo la locura va siendo considerada de distintas maneras, como por ejemplo, *en Grecia, la locura era una de las formas de posesión divina* [por ejemplo, las fiestas dionisiacas], *y tanto Platón como Aristóteles la ven emparentada estrechamente con la genialidad. Durante los primeros siglos del Cristianismo y la primera parte de la Edad Media, los límites entre la locura y la santidad son apenas preceptibles* [figura del Santo equiparada al loco], *mientras en la alta Edad Media y el Renacimiento el loco es una figura fascinante que posee una suerte de prestigio muy particular y que en grandes barcasas recorre los ríos de Europa, deteniéndose en los puertos y ciudades, donde es recibido con alegría y donde puede "hacer sus locuras" a vista y paciencia de todo el mundo* [función bufonesca del loco]⁶⁰. Sin embargo, la línea de separación entre locura y cordura siempre se mantendrá presente. Los locos vivirán al otro lado de lo establecido y su forma de control irá cambiando con el tiempo; de ser totalmente excluidos, siendo tan sólo exhibidos por sus "ridiculeces", pasan a una forma distinta de exclusión: aquella que trata de integrarlos a través de la corrección en el recluimiento de Workhouses, conventos u hospitales (Época Clásica).

Hemos mencionado que la línea de separación será siempre entre locura y cordura, la cual estará determinada por un orden que obedece a la moralidad de cierta época, pues ella va variando según el periodo histórico; de este modo la locura, si es vista a través de moralidades que cambian a través de los años, dicha locura también cambiaría con los lapsos históricos. Es así, como a través de los años la separación entre locura y cordura se dio con las categorías de profano/sagrado (Renacimiento), razón/sinrazón (Época Clásica), normal/patológico (o anormal) (Edad Moderna), cuyas comprensiones por el mundo cuerdo van desde la imaginación (Renacimiento), percepción ética (Época Clásica), entendimiento analítico (Edad Moderna) por parte de psicólogos y médicos psiquiatras⁶¹. Es importante recalcar que cada época hereda características de la otra, como lo es el factor ético que en el fondo se mantiene durante todos los periodos manifestándose de distintos modos: a través de la imaginación en lo profano y lo sagrado durante el Renacimiento; a través de la razón y la sinrazón vinculada directamente a la ética de la época durante el periodo de la Época Clásica; y a través de lo normal y lo anormal (patológico) que se establece por los entendimientos analíticos de especialistas, acerca de lo considerado locura según parámetros que coinciden con nuestra moral.

El control ejercido sobre la palabra del loco, nos demuestra un miedo al peligro que puede desencadenar aquella verdad sensata que a veces se le considera al discurso del

⁵⁹ Cf. Frédéric Gros. "Foucault y la locura". Pág. 17.

⁶⁰ Cf. Otto Dörr. "Psiquiatría antropológica". Pág. 85.

⁶¹ Cf. Frédéric Gros. "Foucault y la locura". Pág. 39.

loco. Tal vez porque sea una verdad sin tapujos y sin una estructura y un orden aceptado. Muchas veces miramos el mundo del loco con temor, viendo que la línea entre la locura y la cordura es delgada y en cualquier momento se puede desmoronar aquel orden. Muchas veces miramos con temor aquel mundo sin leyes, atemorizándonos por ese motivo, pues nos damos cuenta de que necesitamos de una norma. Dicha norma, la mayoría de las veces no es pensada por uno mismo, ni siquiera asimilada, llegando a ser heterónoma, dándonos a concluir que le tememos a nuestra posibilidad de autonomía, pues ella implica una libertad que a veces nos puede desligar del resto, como sucede con el rechazo de la locura. De ahí, aquella capacidad autónoma del loco de conformar su propio mundo y atreverse a seguir en él, a pesar de quedar relegado y en el margen de una sociedad. Así, aquella autonomía del loco implica una autonomía que conlleva la locura, la cual crea sus propias normas, su propio mundo, quedando en un Otro, donde cada uno, al quedar al margen de la normalidad, queda sin control, desplegando un cierto tipo de libertad en el actuar y en el pensar. No obstante, debemos tener en cuenta que esa misma libertad parece ser molesta al orden, el cual lo controla mediante mecanismos de poder, como instituciones especializadas, manteniéndolas en la marginalidad de la sociedad, pues este mundo Otro y anormal constantemente vive con aquel mundo Mismo y normal, cuya separación es estrecha. A pesar de que el loco por ser considerado un ser sin razón lo tildan de que carece de autonomía, pues está alienado según una sociedad, el no carece de ella en su propio mundo, pues dicha falta es vista dentro de una normalidad, donde no le dan cabida a la figura del loco, pues atemoriza y pone en peligro, ya que demuestra todo aquello que no queremos y nos da miedo ver, todo aquello que se da con libertad, con una manera de ser propia, autónoma, mostrándose tal como es, por ello transparente, sin tapujos, que muchos pueden considerar también como valentía.

Es así como esta experiencia de originalidad y autonomía propia de la locura, muchos la han equiparado con verdades que nadie se atreve a desocultar, a sentencias que predicen el porvenir y que parecen increíbles a la normalidad, siendo tan grande su sensatez que llegan a ser peligrosas para el orden del discurso en una sociedad, el cual a su vez, paradójicamente, para desvalorizarla la califica de insensata. Es así también como la genialidad es equiparada a la locura y se encuentra en distintas figuras arquetípicas de lo humano, como lo es en el artista, equiparado con genios y prodigios. De este modo, figuras trágicas como Nietzsche, Van Gogh y Artaud, padeciendo de algún tipo de locura fueron también lúcidos en su hacer (pensamiento, arte, literatura y teatro respectivamente), que amoldados al tránsito del orden quedaron como las figuras trágicas de su propia locura.

Hemos dicho en el transcurso del trabajo, específicamente en el capítulo dos que el control del discurso y la palabra del loco se mantiene bajo el poder de la institución médica psiquiátrica; ella regula sus dichos como un modo de sobrevivir ante la anormalidad, pues en el caso de la antipsiquiatría, ella al no utilizar modos de control tan fuertes, no es capaz de mantenerse; tan sólo más tarde se podrán adoptar mecanismos de ella para la terapia. Sin embargo, es importante argüir que, en todos los mecanismos sociales, incluyendo a la antipsiquiatría, se forman ordenes del discurso, es decir, surgen discursos propicios para cada ocasión, que si se salen de contexto pueden ser mal vistos y, por tanto, apartados y censurados. Es así como el poder y el control nunca se separan

de nuestras construcciones, pues inconscientemente siempre queremos dirigir los distintos ámbitos por ciertos caminos, como una manera de ordenar el entorno en que vivimos y diferenciarlo según sus características en distintas secciones, sin darnos cuenta que entre las secciones existen relaciones.

Para finalizar esta conclusión es importante recalcar lo que provoca el poder y su abuso dentro de sectores que son marginados de nuestra sociedad, que se encuentra dentro de la normalidad. Nos referimos a un poder que no sabe qué hacer con un sector marginado, en este caso la locura, y muchas veces ese no saber se da por un desinterés. Sabemos ya que desde la Época Clásica comenzaron los primeros reclusorios para todos aquellos que se escaparan a una norma de la moral, tratándolos de reintegrar tan sólo reclusivos, pues la reclusión como tal era una forma de incorporarlos a la sociedad, mediante una institución de encierro, donde se convertían en una marginalidad dentro del ordenamiento social. En muchas partes del mundo, la evolución de establecimientos como estos no se ha guiado hacia una mantención de estos cuerpos y una preocupación hacia ellos, quedando tan sólo en el nivel de la reclusión para mantener el orden fuera de ella. Sin embargo, dentro de esta reclusión, no son tratados como personas también con necesidades y requerimientos de afectividad y sobretodo atención, aprendiendo a respetar su mundo Otro, sino más bien dentro de aquellos recintos son mantenidos a la deriva, sumándose el desinterés provocado al ver que es una alienación que no se puede comprender, porque ya está totalmente aparte del mundo de lo Mismo. Además la falta de recursos y de preparación desembocan en negligencias, en un profundo desinterés y en el abuso del control y poder que se tiene sobre ellos y sobre el acallamiento de su discurso. Es así como se dan ejemplos tales: "(...) cuenta Álvarez, quien recuerda que cuando comenzó a tratar con enfermos mentales, no había 'gel' conductor para aplicar electroshocks, ni monitores de seguimiento para el paciente, ni menos anestesia: 'Con un escupito se humedecían las cosas...!', afirma"⁶². De este modo, vemos cómo operan mecanismos que no tienen una gran efectividad sobre una persona y que además operan con suma negligencia. "Me estremezco más por los recuerdos de seres humanos comiendo tierra todo el día, con las manos, que por el húmedo frío de otoño. Les poníamos electrodos con corriente en los dedos para quitarles la mala costumbre", cuenta Álvarez"⁶³. La "mala costumbre" no aceptada por una normalidad y quitada a través de un mecanismo de dolor, no va a la raíz de la problemática. Aquella "mala costumbre" no molesta al "loco" y tampoco es mala, pero al "normal" sí le molesta y sí es mala, y dicho "normal" tiene la autorización por el poder de quitar aquella "mala costumbre" que tan sólo él encuentra mala sin saber la posición del "loco" que ejecuta aquella "mala costumbre". El "normal" quita la "mala costumbre" sin importar cómo sea el mecanismo y sin saber si quizá para el "loco" sea una buena y saludable costumbre. No obstante, aquel mecanismo sí molesta al considerado "loco", por lo tanto, si invertimos la valorización, ese "loco" tal vez dentro de su normalidad Otra encuentre anormal aquello que nuestra sociedad considera normal, pues le provoca dolor. Viendo este ejemplo,

⁶² Cf. Diario "Las Últimas Noticias". "Historias de 'El Peral' y el Siquiátrico de Avenida La Paz. Cómo viven los locos más peligrosos de Chile". Domingo 25 de Mayo de 2003.

⁶³ Ibid. 58.

parecen mundos irreconciliables. Por ejemplo, hace algunas décadas anteriores, gentes con problemas en Francia, en vez de ser llamados enfermos por Foucault, autogestionaban sus propios problemas, apoyándose los unos con los otros y sirviéndose de la ayuda de personas exteriores que actúan como "reguladores". En este punto podemos ver que existe un interés por el tema de la locura y por cómo relacionarnos desde lo que llamamos normal con eso a que llamamos anormal. Por lo tanto, si apeláramos un poco al interés, cediendo un poco nuestras reglas, tratando de comprender aquello que consideramos Otro no serían tan irreconciliables. En el fondo es apelar a aquello que llamamos humanidad y que se debe encontrar por algún lado.

Bibliografía

- ARENDDT, Hannah. "La condición humana". Editorial Paidós. Barcelona, España. 1993.
- BASTIDE, Roger. "Sociología de las enfermedades mentales". Siglo XXI Editores S. A.. Ciudad de México, México. 1967.
- CANGUILHEM, Georges. "Le normal et le pathologique". Editorial Quadrige Presses Universitaires de France. París, Francia. 1991.
- CHUAQUI, Jorge. "Sociedad, psiquiatría y esquizofrenia. (Interrelaciones)". Alba Producciones S. A.. Valparaíso, Chile. 2002.
- Diccionario Básico Vox. Latino - Español, Español - Latino. Ediciones Bibliograf S.A.. Barcelona, España. 1994.
- Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española. Editorial Espasa Calpe, S.A.. Madrid, España. 1992.
- Diccionario Enciclopédico Salvat. Tomo 3, Ari - Bal; Tomo 5, Bov - Car; Tomo 18, Mat - Mor; Tomo 20, O - Par; Tomo 22, Pol - Red; Tomo 24, Sam - Sue. Editorial Salvat S.A. Barcelona, España. 1986.
- Diccionario Harper Collins Pocket Español - Francés, Français - Espagnol. Editorial Grijalbo. Ciudad de México, México. 1994.
- DÖRR, Otto. "Psiquiatría antropológica". Editorial Universitaria. Santiago, Chile. 1995.
- FELDMAN, Robert S. "Psicología con aplicaciones a los países de habla hispana". Editorial McGraw-Hill. Ciudad de México, México. 1998.

- FOUCAULT, Michel. "Los anormales". Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México. 2000.
- FOUCAULT, Michel. "Historia de la locura en la época clásica". Tomo 1 y 2. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México. 1998.
- FOUCAULT, Michel. "El nacimiento de la clínica". Siglo XXI Editores S. A.. Ciudad de México, México. 1966.
- FOUCAULT, Michel. "Las palabras y las cosas". Siglo XXI Editores S. A.. Ciudad de México, México. 1999.
- FOUCAULT, Michel. "La vida de los hombres infames". Ediciones Endymion. Madrid, España. 1990.
- FOUCAULT, Michel. "Obras esenciales". Tomo 1 ("Entre filosofía y literatura"), 2 ("Estrategias de poder") y 3 ("Estética, ética y hermenéutica"). Ediciones Paidós Ibérica, S.A.. Barcelona, España. 1999.
- GROS, Frédéric. "Foucault y la locura". Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina. 2000.
- MAUSS, Marcel. "Sociología y antropología". Editorial Tecnos. Madrid, España. 1971.
- SÉNECA. "Obras Completas, Carta LXVIII: Del ocio fecundo". Ediciones Aguilar. Madrid, España. 1961.

Textos Internet:

- Página WEB: Enfermedades Mentales y Antipsiquiatría. "Enfermedades Mentales y Antipsiquiatría" por Guillermo Pérez. 31/7/2003.
- Página WEB: La enfermedad mental. "Historia de la psiquiatría" por Santiago Stucchi Portocarrero. 31/7/2003.
- Página WEB: El orden psiquiátrico. "El orden psiquiátrico" por Robert Castel. 31/7/2003.
- Página WEB: Apuntes Historia de la Medicina. "El hombre como microcosmos". 12/9/2003.
- Página WEB: Colext. "Humoriniando". 12/9/2003.
- Página WEB: Universo E - Ciencia. "Los humores en la Grecia antigua. Humores y Melancolía". 12/9/2003.

Resumen

El anterior trabajo expuesto trata acerca del delineamiento entre locura y cordura dentro del transcurso de la historia, el cual siempre obedece a determinaciones morales, que están influenciadas por su época o episteme. Dichas determinaciones morales sirven a un orden social para el control mediante distintos mecanismos institucionales y discursivos. Para ver estos aspectos, se cruza la historia de la locura, según Foucault y se analizan distintas figuras consideradas anormales o locos, haciéndose consideraciones, muchas veces personales, respecto a la condición del loco a través de la historia, como por ejemplo, lo ha sido la autonomía.

Para dicho delineamiento, fue preciso ver el desenvolvimiento de la medicina psiquiátrica y de la psicología a través de la historia, sobretodo para ver el delineamiento que hoy en día hacemos entre locura y cordura, mediante los conceptos que tenemos de anormalidad y normalidad, los cuales fueron fijados a través de las consideraciones filosóficas de nuestro autor principal: Foucault.